

ESTRELLA
ROJA

Colección Literatura del Futuro

ESTRELLA
ROJA

Novela utópica

Aleksandr Bogdánov

Ediciones 

Bogdánov, Aleksandr

Estrella Roja / Aleksandr Bogdánov. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RyR, 2017.

248 p. ; 17 x 12 cm.

Traducción de: Alejandro Ariel González.

ISBN 978-987-1421-92-3

1. Literatura Rusa. 2. Traducción. 3. Estudios Literarios. I. González, Alejandro, trad. II. Título.

CDD 891.73



AD VERBUM

Publicado con el apoyo del *Instituto de la Traducción*, Rusia

©CEICS-Ediciones ryr, 2017, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires

Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino

Diseño de tapa: Sebastián Cominiello y Mariana Volpe

Diseño de interior: Jeremías Costes

www.razonyrevolucion.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

Una estrella errante

Aleksandr Bogdánov, la ficción, la ciencia y la revolución

Eduardo Sartelli

1. Introducción

Resultaría muy fácil escribir una introducción *bizarra* a la obra de Aleksandr Bogdánov y a esta novela en particular. Hay muchas razones para no tomarse en serio al autor de *Estrella roja*, desde su defenestración por Lenin hasta su vampírica muerte. En el medio, historias que bordean el delirio y pretensiones que podrían habitar el más fantástico de los mundos, todo ello ornamentado con marcianos socialistas y torturadores de la Cheka. Científico loco, conspirador revolucionario, filósofo amateur, visionario místico, peligroso ultraizquierdista, teórico del totalitarismo, padre de la ciencia ficción: cualquiera de estas caracterizaciones podrían aplicarse (se aplicaron y se aplican) a un personaje que parece haberlo hecho todo. Quizás por eso, y por el fracaso final de la Revolución Rusa, hoy Bogdánov se ha transformado en una estrella de moda.¹

¹Sobre los avatares de la figura de Bogdánov, Zenovia Sochor ha señalado que su positivismo probablemente hiciera que otros marxistas no ortodoxos (como Gramsci, Lukács o Korsch) ganaran un lugar en el escenario occidental, aunque también haya que anotar en el mismo sentido el desconocimiento del impacto político del Proletkult y su identificación con el ultra-izquierdismo (que hizo también que en los '60 su figura sirviera para

En efecto, tras décadas de olvido, o más bien de recuerdo despectivo, nuestro autor ha saltado a la fama y su nombre aparece por todos lados: la editorial Brill ha iniciado la publicación de la *Alexander Bogdánov Library*, diez tomos de sus obras más importantes, traducidas al inglés para la Historical Materialism Series; uno de los escritores de moda sobre el cambio climático, Mckenzie Wark, lo ha transformado en el inspirador de sus reflexiones sobre el tema y ha editado parte de sus trabajos; la más reputada saga de la ciencia ficción contemporánea, al menos para los especialistas marxistas en cultura como Fredric Jameson, la “trilogía marciana” de Kim Stanley Robinson, tiene a los “bogdanovianos” como protagonistas de la revolución; seminarios y charlas se organizan en Europa y EE.UU. sobre su trayectoria; una amplísima bibliografía se dedica a repasar sus textos y las controversias en las que actuó directa o indirectamente; una editorial española lo promociona como pionero del Steampunk, etc.²

Mucha de esta reivindicación tardía es confusa en sus motivaciones y hasta contradictoria con las características específicas de la trayectoria política e intelectual de Bogdánov. Hay, probablemente, una sola causa por la que vale la pena prestar atención a semejante individuo: habiendo sido uno de los protagonistas del mayor proceso revolucionario de la historia de la lucha socialista, tiene entre

denostar la revolución cultural china). Sochor se extiende largo y tendido sobre las razones por las que Bogdánov no fuera rehabilitado nunca en la ex URSS y a su texto remitimos al lector. Véase Sochor, *Zenobia: Revolution and Culture. The Bogdanov-Lenin Controversy*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1988.

²Véanse Wark, Mckenzie (comp.): *Molecular red*, Verso, London, 2015; Robinson, Kim Stanley: *Marte rojo, Trilogía marciana I*, ePub, r1.0; Robinson, Kim Stanley: *Marte verde, Trilogía marciana II*, ePub, r1.0; Robinson, Kim Stanley: *Marte rojo, Trilogía marciana III*, ePub, r1.0; Womack, Marian: “Post-facio”, en Alexander Bogdánov: *Estrella roja*, Nevsky Prospects, Madrid, 2010.

sus manos, no solo una evaluación peculiar de su derrotero, sino, sobre todo, una propuesta estratégica alternativa. Detrás de ella se encuentra (y la sostiene) toda una concepción del socialismo, que no solo es solidaria con esa estrategia, sino que se funda en una perspectiva filosófica coherente con ella. Dicho de otro modo, se trata del raro caso de alguien que tiene algo diferente para decir sobre lo que ya se ha dicho mucho, sin demasiado éxito. Cuando se enfoca su trayectoria y su obra desde esa perspectiva, todo lo aparentemente *bizarro* se comprende en su verdadero valor, incluso cuando algún aspecto de ese vasto cuadro no necesariamente repudie ese adjetivo. Se trata, entonces, de la invitación a viajar por un territorio muy conocido y familiar, de la mano de quien tiene la capacidad de mostrar algo que no se vio, que no se quiso ver, que no se pudo haber visto. El resultado, una extrañeza que permite pensar, de nuevo, lo que se suponía ya dominado, masticado y digerido: la Revolución Rusa y su fracaso. O lo que es lo mismo, nuestro fracaso y las semillas de la victoria que nos espera.

2. El hombre y su mundo

La biografía del filósofo soviético es relativamente sencilla, aunque plena de avatares. Bielorruso, nacido en familia de maestros rurales en 1873, Aleksander Malinovsky estudió medicina mientras militaba en Narodnaya Volia, la organización populista, sufriendo cárceles y sucesivas deportaciones. Rápidamente se pasó a la socialdemocracia marxista y comenzó su larga carrera como propagandista, adoptando el apellido de su compañera, Natalia Bogdanovina.³

Dentro de la socialdemocracia se convertirá en aliado fundamental de Lenin y será, consecuentemente, uno de los fundadores

³A lo largo de su vida, Bogdánov adoptó cerca de 22 seudónimos. Véase Cirino de Mattos, Max: “Uma introdução à tectologia de Bogdánov: Reflexões para a transdisciplinaridade?”, en *Prisma.com*, nº 18.

del bolchevismo, siendo en su interior tan importante como aquél. De papel destacado en la Revolución de 1905, saldrá de ella con posiciones que Lenin caracterizará como ultraizquierdistas.⁴ Su grupo pasará a llamarse “otzovista” (“ultimatista”) por exigir el retiro de los diputados socialdemócratas de la Duma, y con él disputará la dirección de Lenin. El partido se romperá en 1908, guardando Bogdánov por un momento la mayoría. Sin embargo, su facción será expulsada por los leninistas al año siguiente. A partir de allí, se concentrará en la organización de escuelas de formación de cuadros, apoyado por Gorki, en Italia. El núcleo de su concepción ahora se encuentra en el problema del papel de la conciencia en el proceso revolucionario. Un grupo importante de dirigentes bolcheviques lo acompaña en la experiencia (Pokrovski, Lunatcharski, Gastev, Kollontai, etc.) e incluso personalidades sueltas del mundillo socialdemócrata europeo (Trotsky, por ejemplo), mientras otras se abstienen para no entrar en la rencilla interna rusa (Kautsky, Luxemburgo).

Poco dura esta etapa: en 1914 rompe con los otzovistas y retorna a Rusia, enlistándose como médico en la guerra que acaba de empezar. Con la revolución en marcha, Bogdánov es uno de los impulsores, junto con varios vperistas (por *VPeriod* o *Adelante*, el periódico de los ultimatistas) de su último experimento político, el Proletkult u Organización de Cultura Proletaria. De un éxito arrollador en sus comienzos, el Proletkult se transformará en un obstáculo político para la dirección leninista, al punto que Lenin utilizará en su contra a sus mejores hombres (como Trotsky) y se empeñará él mismo en su combate. Tardará un par de años en estrangularlo, forzando a Bogdánov a recluirse en sus estudios filosóficos y científicos, no sin antes ser detenido durante semanas por

⁴Bogdánov fue representante bolchevique en el soviet de San Petersburgo en 1905.

la Cheka en 1923, acusado de ser el inspirador de la creciente oposición que se amontona a la izquierda de la dirección bolchevique.

Defenestrado, nuestro héroe volverá una vez más al primer plano con la fundación, en 1926, del Instituto de Hematología y Transfusiones Sanguíneas, resuelto a partir del “éxito” de sus investigaciones en el tema, útiles, aparentemente, para resolver una preocupación particular de la dirección del partido de la que hablaremos más adelante. En pleno goce de su sorprendente reivindicación, encontrará la muerte, en 1928, en uno de sus experimentos hematológicos. La revolución cultural stalinista dará pie a la intervención de muchos bogdanovianos y de un “proletkultismo” que ya no es tal, pero que quedará, desde ese momento, asimilado a la política artística e intelectual del “padre de los pueblos”. Habiendo caricaturizado una experiencia única en la historia de los procesos revolucionarios, el propio stalinismo estigmatizará al Proletkult y a su mentor, y “bogdanovschina” será sinónimo, a partir de allí, para tirios y troyanos, de ultraizquierdismo totalitario. El potencial liberador de una propuesta que merece ser revisada con más cuidado quedará entonces sepultada bajo una triple lápida: la del estalinismo, pero también la de Lenin y la del trotskismo.

3. El filósofo

Recordando al lector que no tenemos espacio aquí para un análisis in extenso de la obra de Bogdánov, no podemos avanzar, sin embargo, sin examinar el punto de partida filosófico de su pensamiento.⁵ Ello es así por dos razones: su coherencia sistémica, por un lado; su relación con Lenin, por otro.

⁵Como se verá al final, el principal obstáculo para el análisis de una obra vasta y compleja, se encuentra en la ausencia de traducciones de sus textos fundamentales a algún idioma “occidental”.

En efecto, si empezamos por el último punto, el autor de *Estrella Roja* ha pasado a la “posteridad” como un idealista cuyos “errores” filosóficos lo alejaron del movimiento revolucionario. Añadiendo una palada más de tierra, comentaristas sucesivos pretenden encontrar, en ese mismo idealismo, no solo el germen del stalinismo, sino, peor aún, la ideología propia de la burocracia. Es obvio que el nudo de esta interpretación, que presume que Bogdánov no es marxista sino, en el mejor de los casos, un “machista” políticamente radical, se encuentra en la crítica que Lenin enarbola en *Materialismo y empiriocriticismo*. Veamos primero a qué reacciona Lenin, para luego tratar de hacer un balance de su intervención y de las que, a posteriori y basadas en él, desarrollaron el argumento original.

Digamos, de entrada, que la experiencia bogdanoviana no constituye un rayo en un cielo sereno. La evidente crisis de la Segunda Internacional, muy a las claras ya a fines del siglo XIX, lleva a lo que podría ser denominado, siguiendo una terminología propia de un siglo después, la “crisis del marxismo”. En realidad, como ha dicho José Szabón, el marxismo ha vivido en crisis y la expresión “crisis del marxismo” se repite varias veces a lo largo de su historia. El periodo que examinamos aquí es uno de ellos.⁶

En efecto, el intento de reconstruir, reforzar, reemplazar, relanzar, completar o aclarar el marxismo mediante su mixtura con otras tendencias filosófico-científicas, es una tentación propia de todas estas etapas de “crisis”. Tendremos así un “marxismo existencial”, uno “estructuralista”, otro “pragmático” y no faltará la versión “analítica”. Obviamente, están siempre aquellos que piensan que basta con retornar a las bases, que se suponen “dialécticas” y, por lo tanto, el fantasma de Hegel es uno de los espectros más recurrentes en toda esta historia. Un Marx despojado de determinismo, en

⁶Szabón, José: “Crisis del marxismo: un antecedente fundador”, en *Estudios sociales*, vol. 8, n° 1, Santa Fe, 1995.

particular, proveniente de la economía, ha dado pie, también a un énfasis en la “lucha de clases” y a una variante “política” de la tradición. No faltan, tampoco, quienes apuestan a “Marx mismo” para dar con el marxismo “verdadero”.⁷ De modo que el intento bogdanoviano de conciliar las teorías gnoseo-epistemológicas de Mach con Marx, no es extemporáneo o impropio de esa misma tradición.

Sucede que el marxismo ha tenido siempre una relación conflictiva con la realidad inmediata. Por empezar, porque tiende a sumergirla, en “modo explicación”, en una temporalidad mucho más larga; por otro, porque resulta muy sensible a los cambios de la coyuntura política, pero también social y cultural. De hecho, cada “crisis del marxismo” coincide con la crisis de la dirección revolucionaria, que es, normalmente, expresión de una derrota política. En la etapa que estudiamos, el aletargamiento progresivo de la Segunda Internacional se traduce en el crecimiento de las tendencias reformistas en su seno, crecimiento caracterizado por la extensión del parlamentarismo y, por ende, de la ideología liberal cuya expresión filosófica es el kantismo. Desde un punto de vista leninista, el machismo no es más que otro destacamento del ejército idealista que se amontona en las fronteras marxistas. Bogdánov es un ejemplo más del “revisionismo” que busca destruir la teoría de Marx.

Para el único rival de Lenin en la estructura del partido, por el contrario, se trata de poner al día una perspectiva que debe ser capaz de asimilar las novedades, en particular, las científicas. Se enfrentan, entonces, dos concepciones opuestas: como diría Kolakowsky, aquella que ve en el marxismo una doctrina cerrada y autosuficiente, que necesita solo de vez en cuando una limpieza general de las impurezas que fatalmente se introducen en su mecanismo

⁷No es muy difícil imaginar aquí las figuras de Jean Paul Sartre, Louis Althusser, Sidney Hook, Gerald Cohen, Georgy Lukács, Edward Thompson y Maximilien Rubel.

como consecuencia de la lucha diaria (Lenin), y la que pretende que se trata de una perspectiva en diálogo permanente con otras, a las que puede anular, destruir, asimilar o incluso adoptar si valiera la pena (Bogdánov).⁸ Como veremos más adelante, en el fondo la discusión es otra, que se solapa con esta aunque no tiene con ella una relación necesaria. Es decir, se trataría de un solapamiento indebido: el mejor modo de sacar a la política revolucionaria del atargamiento en el que la ha sumergido el socialismo alemán, con su reformismo pertinaz y elusivo, no necesariamente tiene que surgir de una disputa ontológica ni de sus consecuencias gnoseo-epistémicas. Es importante, porque esta “atadura” se reproduce en todo el arco político revolucionario europeo. Finalmente, la respuesta de Bogdánov al problema es una más de las varias ensayadas en la época y que pretenden que dicho estancamiento se resuelve con un poco de Nietzsche (Sorel, Labriola) o de Hegel (Lukács). El rechazo de la “cosa en sí” kantiana, ya sea por la vía del irracionalismo abiertamente asumido (Marx más Nietzsche), de un suprarracionalismo no menos consecuente (Marx más Hegel) o un escepticismo sociológico radical (Marx más Mach) presupone, en esta perspectiva, el rechazo a la “necesidad”, la “cosificación” y el “fetichismo”, para liberar al sujeto, su acción y su voluntad. Antes de volver sobre esta línea, veamos la base filosófica que nuestro personaje quiere dar a su aventura.

El desafío que Bogdánov pretende asumir tiene que ver, primero que nada, con un negación de toda metafísica, y luego, con las consecuencias epistemológicas de la revolución en marcha en la física. Recordemos que, en modo alguno, la influencia de Ernest Mach sobre los “machistas rusos” es la más significativa. Su sombra se yergue detrás del evento más sustantivo de la ciencia mundial luego de la teoría de la evolución: la relatividad. Y a continuación,

⁸Kolakowski, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo*, Alianza Universidad, Madrid, 1985, tomo II, p. 11.

la física cuántica, es decir, el conjunto de mentes más brillante que se haya reunido jamás en una sola ciencia en un solo momento, de Bohr a Heisenberg, de Plank a Schroedinger. Juzgar a Mach simplemente como un científico idealista que tuvo el atrevimiento de creerse filósofo, puede hacernos perder la perspectiva más amplia del significado de su intervención. Recuperémosla antes de seguir avanzando.

Ernest Mach, físico austríaco nacido en 1838 y muerto en 1916, realizó aportes significativos a la ciencia, en particular en óptica, acústica y termodinámica. Descubrió el “cono de Mach” y estudió el movimiento de fluidos a velocidad mayor que la del sonido (de allí el “número de Mach”, que es la cantidad de veces que un objeto en movimiento supera dicha velocidad). Lo más importante para el futuro de la disciplina tendría que ver con su crítica del concepto de espacio absoluto, que daría pie al trabajo de Einstein y la teoría de la relatividad especial. Su influencia se extendió más allá, como filósofo, creador, junto con Richard Avenarius, de una corriente particular del positivismo, el empiriocriticismo. Hijo, según Althusser, de la crisis de la ciencia de su época, un fenómeno tan recurrente como la “crisis del marxismo”, el empiriocriticismo no es más que otra vuelta de tuerca de raíz idealista kantiana, que es casi el sentido común de los científicos puestos en filósofos aficionados.⁹ Es, más específicamente, un segundo positivismo.

El positivismo, al menos en la variante original debida a Comte (1798-1857), afirma que el único conocimiento real es el que se ajusta a la observación de los hechos. Es una afirmación, entonces, básicamente anti-metafísica. Como toda proposición debe reducirse al enunciado de un hecho, se renuncia al estudio de las “causas últimas”. A lo sumo, se puede escalar en el conocimiento hasta la formulación de leyes que pongan orden en el caos de los hechos. El conocimiento absoluto, sin embargo, es imposible, aunque todo

⁹Althusser, Louis: *Lenin y la filosofía*, Era, México, 1970.

conocimiento que se precie de sí mismo, debe ser capaz de prever. Como puede verse, el positivismo cae rápidamente en aporías de claras reminiscencias kantianas y termina en un formalismo que busca refugio en el método como forma de saltar el hiato que separa lo que el universo es de lo que permiten conocer las capacidades humanas. Observación, experimentación, comparación, el método científico positivista cierra las grandes preguntas por la vía de un retorno a la religión “de la Humanidad”, una especie de mixtura kantiano-feuerbachiana.

Este kantismo latente en el “primer” positivismo, se hace más fuerte en el “segundo”. Pretendiendo ser más consecuentes en el carácter anti-metafísico de la ciencia, Mach y Avenarius se propusieron crear una “economía del pensar” en la que estarían excluidos los conceptos de sustancia, causalidad y necesidad, considerados a priori del pensamiento que no pertenecen a la experiencia.¹⁰ El mundo se vuelve “un conjunto de elementos-sensaciones neutrales” en el que los elementos físicos y las sensaciones están “indisolublemente coordinados, es decir, existen juntas”.¹¹ Partiendo de una perspectiva marxista, Bogdánov cree necesario complementarla con los resultados de este segundo positivismo, pero tratando de superar sus limitaciones idealistas reafirmando la unidad de la materia: el *empiriomonismo*.

¿En qué consiste el “empiriomonismo”? Es crucial aquí escuchar al autor mismo en lugar de reproducir lo que sus críticos dicen de él, a fin de evitar otro caso de lo que en otro lado hemos llamado

¹⁰Esta interpretación sigue siendo dominante en la física cuántica, en particular en la interpretación de Copenhague. Véase Arroyo Pérez, Eduardo: *Ciencia y Consciencia. La interacción entre mente y materia*, RBA, Rodesa, 2016.

¹¹Álvarez, Ricardo: “Después de Comte”, en Ricardo Álvarez (comp.): *La filosofía en el Siglo XIX*, Prometeo, Buenos Aires, 2012, pp. 258-259.

“efecto Socrático”.¹² Según Bogdánov, el marxismo carecía de una epistemología adecuada.¹³ Marx no había desarrollado sistemáticamente sus hallazgos de juventud, en particular en las *Tesis sobre Feuerbach* y en el apartado sobre el fetichismo en *El capital*. No se podía aceptar que la ontología propia de la nueva era, caracterizada por el ascenso del proletariado, estuviera contenida en el *Anti-During*. Esta obra, que Bogdánov adjudica tanto a Engels como a Marx, expresa una ontología atrasada, que debe ser renovada. Es decir, desde su punto de vista, no existe “traición” del amigo superviviente: cualquier limitación que se encuentre allí es compartida por Marx.

Para explicar la necesidad y las características que debe asumir la filosofía del futuro, es decir, el empiriomonismo, Bogdánov ofrece una reconstrucción completa de la historia de la filosofía occidental. Siguiendo un método que le ha ganado el título de “precursor” de la sociología del conocimiento, según Karl Mannheim, el autor de *Estrella roja* ve desplegarse la historia del pensamiento como correlato del desarrollo de las potencias productivas de la humanidad.¹⁴ Comienza con un balance de la tradición materialista, en tanto ésta y no el idealismo es la única que puede ser considerada

¹²Por “efecto socrático” entendemos la confusión entre lo que los críticos del autor dicen con lo que dice el autor. Así, juzgamos a los sofistas por lo que dice el Sócrates de Platón y no por lo que dicen ellos mismos. Hacíamos la analogía en relación a los trotskistas que juzgan a los enemigos o contradictores de Trotsky por lo que Trotsky dice, en lugar de tomarse el trabajo de leerlos. Véase Rosana López Rodríguez y Eduardo Sartelli: “Un largo y sinuoso surco rojo. Trotsky, la literatura y la revolución”, en León Trotsky, *Literatura y revolución*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2015.

¹³La exposición más a mano de sus ideas ontológico-epistemológicas se encuentra en la edición inglesa de *La filosofía de la experiencia viva*. De allí extraemos lo que sigue y allí remitimos al lector. Véase *The Philosophy of Living Experience*, Brill, Leiden/Boston, 2016.

¹⁴Mannheim, Karl: *Ideología y utopía*, FCE, México, 1987.

apoyo adecuado para el desarrollo del conocimiento. Sin embargo, debe ser expurgada de la tendencia a la pasividad del sujeto en el proceso de conocimiento. Precisamente por eso cree necesario partir de Mach y Avenarius, a su juicio la expresión más elevada del materialismo burgués, pensado en clave marxista. Ese materialismo ha logrado superar la obsesión por la “sustancia” y la “cosa en sí”, presupuesto metafísico eternamente presente en la historia de esta corriente filosófica, pero recae en el mismo pecado que critica por ser incapaz de pensar al sujeto más allá del individualismo burgués. El empiriocriticismo, entonces, es un falso monismo. Precisamente aquí aparece Marx y su afirmación de la humanidad como experiencia colectiva. Con justa razón, entonces, Jensen puede señalar que el empiriomonismo bogdanoviano tiene pretensiones “más allá” de Mach y Marx.¹⁵

¿En qué se basa este “monismo” post-machiano/marxiano? Parte de la convicción propia de todo materialista de que todo conocimiento es posible solo a partir del material que nos llega a través de las sensaciones. Sin embargo, dado que solo nuestras sensaciones son fuente de conocimiento, finalmente, éste se identifica con ellas: nuestro conocimiento es organización de nuestra experiencia. Por esta vía, el escepticismo humeano puede colarse como rechazo de toda posibilidad de conocer la realidad “en sí”, desembocando en un solipsismo inútil. Bogdánov niega que el empiriocriticismo termine necesariamente allí, pero descubre aquí su limitación fundamental. La única forma de mantener el materialismo monista como base filosófica consiste en reconocer, al mismo tiempo, el carácter metafísico de todo aquello que no provenga de la experiencia (las categorías de tiempo y espacio absolutos, por ejemplo), pero también los problemas que acarrea la concepción

¹⁵Jensen, K. M: *Beyond Marx and Mach. Aleksandr Bogdanov's Philosophy of Living Experience*, University of Colorado, Dordrecht, 1978.

del sujeto que conoce como individuo. La objetividad y la posibilidad del conocimiento surgen, entonces, del carácter colectivo de la experiencia como práctica social mediada por el trabajo. Lo que conocemos es producto de la actividad del sujeto colectivo que es la humanidad. Esa práctica colectiva es la realidad misma, que cambia y evoluciona con ella. No hay una cosa en sí que no pueda conocerse (Kant), que pueda conocerse por sustitución del sujeto (idealismo) o del objeto (materialismo), o declararse incognoscible por solipsismo (Hume, Berkeley). La experiencia humana es la realidad misma.¹⁶

Plejanov, con cierta displicencia, Axelrod, con más detalle y Lenin, con su particular estilo “demolición”, hicieron causa común contra todo el machismo ruso, del cual el empiriomonismo bogdanoviano es una resultante particular.¹⁷ Los argumentos de los tres son sustantivamente los mismos, esbozados por el primero, ampliados por la segunda y cristalizados por el tercero: el machismo es una propuesta filosófica infantil, propia de principiantes, que repite, con otra jerga y amparado en el prestigio de los últimos resultados de la ciencia, el mismo idealismo de raíz humeana que termina en el solipsismo. El caballito de batalla de los críticos consiste en insistir sobre la negativa de los empiriocriticistas en reconocer la existencia de la realidad más allá del sujeto. El rechazo a la cosa en sí kantiana los ha llevado a la negación de la realidad misma, condenándolos a un mundo cerrado en torno al sujeto y, por lo tanto, incapaz de dar cuenta no solo de la realidad exterior sino de sí mismo. Bogdánov insistirá en que estas acusaciones no se aplican plenamente al empiriocriticismo, pero su principal defensa será rechazar que su propuesta se encuadre por completo en la de Mach y

¹⁶La categoría de “sustitución” es muy importante en la reflexión bogdanoviana. No podemos extendernos aquí, pero véase *ibíd.*

¹⁷Plejanov, Georg: “El materialismo militante”, en *Obras escogidas*, T. I, Quetzal, Buenos Aires, 1964; Lenin, Vladimir: “Materialismo y empiriocriticismo”, en *Obras completas*, T. XIV, Cartago, Buenos Aires, 1969.

Avenarius. Para resumir: “Lo que afirman del empiriocriticismo no es del todo correcto”, diría Bogdánov, pero de todos modos “es un saco que no se aplica a mí”, completaría nuestro “filósofo”.

No queda claro que esta pretensión de haber superado el machismo pueda ser considerada tal y, de hecho, sus críticos la rechazan enfáticamente. Aunque cabría un análisis más detenido, ciertamente, el reemplazo del sujeto individual por el colectivo no cambia sustantivamente un cuadro en el que la realidad es, finalmente, potencia del sujeto. No importan cuáles fueran las debilidades filosóficas del materialismo que se le opone, el empiriomonismo no parece ser la respuesta adecuada a ellas. Es en este punto en el cual *Materialismo y empiriocriticismo* permanece como una respuesta válida aunque no concluyente. Sin poder extendernos demasiado en el asunto, la respuesta leninista debe ser examinada como un ejemplo de intervención polémica: arbitraria, cargada de apelaciones a la autoridad, descarga una masa enorme de erudición superficial contra un objetivo concentrado, con un lenguaje pleno de retórica ácida. No tiene mucho más que ofrecer que lo ya contenido en las tres cartas de Plejanov (aunque su análisis de la crisis de la ciencia de fin de siglo también es un modelo de “sociología del conocimiento” y un aporte destacable, casi lo mejor del texto), pero lo hace con contundencia. Es cierto también que cuando una crítica se alarga en los detalles pierde potencia, síntoma de que los argumentos esgrimidos no tienen cada uno en sí mismo el peso suficiente. La crítica de Lenin procede, entonces, por la vía de apabullar al lector, arrinconarlo a fuerza de miríadas de dardos que se descargan sin cesar, machacando hasta provocar la rendición por cansancio. Por qué Lenin tiene que realizar tal esfuerzo, se explica por la necesidad de resultar “más papista que el Papa” (Plejanov), sí, pero también porque corre peligro de quedar fuera de la dirección de la socialdemocracia rusa.

Este resumen, estrechamente limitado por razones de espacio, no hace justicia necesariamente a la propuesta filosófica

bogdanoviana ni a la crítica a la que fue sometida por Plejanov, Axelrod y Lenin, pero nos permite remarcar aquello que es más importante a la hora de entender el campo de tensiones político-intelectuales en el que queremos ubicarlo. Para lo que nos importa, la clave de la cuestión está en el carácter dinámico, creador, que Bogdánov quiere otorgarle al sujeto. Por esta vía, no es el primero ni será el último (ya hemos aludido al Lukács de *Historia y conciencia de clase* y a Sorel, por ejemplo, pero piénsese en Thompson también) en combatir la pasividad de la política de la Segunda Internacional con una reivindicación del sujeto, de su capacidad creativa y, por ende, de su voluntad. Frente a un materialismo que borra al sujeto, uno que borra la materia, apoyándose en este caso en los descubrimientos de la nueva física, tanto en la destrucción del espacio y el tiempo absolutos (la relatividad) como en la dinámica particular de la materia sub-atómica (física cuántica). Este materialismo que podríamos caracterizar como “sociológico”, observa la ciencia como instrumento de la acción y a la verdad como forma de construir la realidad.¹⁸

¹⁸Esta apelación a la experiencia colectiva como sustento de la posibilidad del conocimiento objetivo resulta filosóficamente endeble, como es fácil de comprender. Sobre este punto machacaré la crítica de Plejanov, Axelrod y Lenin, no sin cierta razón, por más que su propia posición no resulte necesariamente mejor que aquello que se critica. Nos abstenemos aquí de entrar en los detalles filosóficos de la disputa, por varias razones. Primero, porque seguramente el lector conoce y tiene acceso a los textos de los críticos que ya hemos citado. Segundo, porque esa tarea excede las necesidades de este prólogo. Tercero, porque en realidad la polémica constituye un típico caso de lo que podríamos llamar “deductivismo arbitrario”: de esta posición epistemológica se deduce, *necesariamente*, esta posición política. Esta actitud lleva a enormes discusiones sobre problemas que aparecen mezclados aleatoriamente sin conexión necesaria entre sí. Se vuelven, entonces, irresolubles. Cuarto, porque más allá de la felicidad con la que los contendientes hayan desplegado sus argumentos, indudablemente el debate es expresión de problemas sustantivos e irresueltos en la ontología

No es extraño que el principal blanco de los ataques “empirio-monistas” (o de los “machistas” rusos) fuera Plejanov, cuyo materialismo es identificado con el de los enciclopedistas del siglo XVIII, pre-feuerbachianos y, por ende, doblemente pre-marxista.¹⁹ Ese materialismo tan propio de la Segunda Internacional, con su sujeto ausente, expresaría la impotencia de la política socialista de fin del siglo XIX, esa contra la que se lanzara Rosa Luxemburgo. De allí que entre mencheviques y bolcheviques Bogdánov optara por los últimos. Parece ser que, desde su punto de vista, el Lenin del *¿Qué hacer?* carecería de una filosofía acorde a la praxis que propone.²⁰ Pero la praxis leninista, indudablemente era coherente con esta voluntad del sujeto contra las circunstancias. Bogdánov se pretende, entonces, el filósofo de esa praxis. Se comprende el dolor que puede haber sufrido ese auxiliar indispensable del jefe de la revolución de Octubre cuando este decidió la ruptura.²¹ Se

marxista. Prueba de esto último es la regularidad con la que se plantea, bajo diferentes formas, el problema de la dialéctica libertad-necesidad en la tradición inaugurada por Marx y la variopinta colección de variantes y escuelas a las que han dado lugar las divergentes respuestas dadas a la pregunta que ella impone: ¿es posible la acción libre en un mundo signado por la necesidad? Es obvio que no estamos capacitados para encarar semejante tarea.

¹⁹Obviamente, no es el único en ubicar a Plejanov, cuya trayectoria es notablemente parecida a otros “marxistas” de la Segunda Internacional como Kautsky, en este lugar de pasividad e impotencia. Pannekoek, por ejemplo, cuestiona a Plejanov y Lenin desde una posición muy similar y con argumentos solidarios a los de Bogdánov. Incluso defiende al empiriocriticismo casi en los mismos términos. Véase su *Lenin filósofo*, en Marxist.org.

²⁰Véase Kelly, Aileen: “Empiriocriticism: a bolshevik philosophy?”, en *Cahiers du monde russe et soviétique*, vol. 22, n°1, enero-marzo, 1981, pp. 89-118.

²¹Una descripción detallada de la ruptura puede verse en el libro de Tony Cliff sobre Lenin, en particular, el capítulo 16, “Lenin expels the Ultra-leftists”, asequible en Marxist.org.

comprende también que el bogdanovismo resultara la base filosófica de la política que Lenin combatirá y reprimirá severamente como ultra-izquierdismo, primero en relación al Proletkult y luego a las fracciones internas del Partido Bolchevique. Se comprende, porque adoptando ese lugar, Bogdánov relega a Lenin al secundario papel del organizador de ideas que no son suyas y que no comprende de modo cabal. Lenin se encuentra, en 1908, entonces, entre dos “filósofos” (Plejanov y Bogdánov) que se disputan la dirección de la socialdemocracia rusa. Conquistar para sí un lugar propio en ese nivel es la clave para entender la función de *Materialismo y empiriocriticismo* y el encono acérrimo que mantuvo desde entonces con su colaborador de antaño.

La polémica “filosófica” sobre el materialismo encubre, entonces, una disputa por la dirección política de las fuerzas revolucionarias. El triunfo político de Lenin sobre sus dos contendientes no solo encubrió sus debilidades filosóficas sino que logró eliminar del horizonte de la revolución a quienes fueron en su momento fuerzas vivas: el menchevismo, desde la derecha; el bogdanovismo, desde la izquierda. Si Lenin ganó por la “justeza” de sus posiciones (y sus debilidades filosóficas son solo aparentes, encubriendo una filosofía que habría que descubrir en su praxis) o si fue el resultado de una inconsecuencia genial (válida de la crítica de “oportunista” tanto como del elogio de estrategia de la oportunidad), es discusión que no nos interesa aquí. Lo que sí nos preocupa es desmontar la imagen de los triunfadores para reconstruir la historia real. El combate de Bogdánov por la dirección del proceso revolucionario ruso constituye una perspectiva que debe ser recuperada para poder entender el proceso total.

4. Bogdánov, el científico

Bogdánov no podría ser considerado un científico por su propia práctica como tal. Muchos lo catalogan de esta manera por su

profesión médica o por sus experimentos con la transfusión sanguínea. Como veremos más abajo, tales experiencias eran el resultado de una concepción particular del socialismo, no exenta de mística, y de una aproximación al tema más propia de un advenedizo audaz que de un científico metódico y profesional. Veremos también que su éxito como “hematólogo” en la URSS de los '20 deriva de una anécdota curiosa y no de su falso carácter de “precursor” soviético en el asunto de marras.

En realidad, si Bogdánov puede ser considerado un “científico” en algún modo, con cierta relevancia en el desarrollo de alguna disciplina, es el resultado de sus esfuerzos en el problema de la organización de la ciencia. Es como filósofo “organizacional” que nuestro héroe puede conquistar un lugar en la historia, es decir, es a partir de su “Tectología”. Empecemos por este punto y dejemos para más adelante su fallido intento de iniciar una revolución médico-social a partir de las transfusiones sanguíneas.

Por sus estudios sobre la teoría de la organización, Bogdánov ha sido reconocido como un predecesor de Ludwig Von Bertalanffy, el creador de la teoría de sistemas, y de Norbert Wiener, el padre de la cibernética. ¿Qué es la “tectología”? Una reflexión general sobre la naturaleza de la ciencia y una propuesta de reorganización también general. Por empezar, la reflexión: la evolución de la ciencia lleva a la especialización; la especialización, a la creación de métodos, teorías y lenguajes especializados; la consecuencia lógica de este desarrollo es la insularidad y, por lo tanto, la incomunicabilidad de los resultados científicos. Esto conlleva conclusiones epistemológicas y políticas: las ciencias se resienten de la sinergia que surge de compartir resultados y de la ausencia de una perspectiva general; la jerga científica se vuelve incomprensible para las masas, facilitando la dominación social y restringiendo el carácter potencialmente revolucionario de sus conclusiones, amén de producir resultados cuyo contenido social es clasista, necesariamente. Se hace evidente la necesidad de una reestructuración de la producción científica

que no es políticamente neutra ni puede ser llevada adelante por cualquier clase social. Aquí viene la “tectología”: una ciencia general de la ciencia, una filosofía científica para la producción científica que, dadas sus características generales (colectivismo productivo social) solo puede ser desarrollado a pleno por la clase obrera. En eso consiste, finalmente, el proyecto de una ciencia “proletaria”, no en la tontería de producir “verdades proletarias” como quisieran los enemigos de Bogdánov, sino en una reorganización general del trabajo científico en beneficio del proletariado.

La tectología deriva su nombre del griego “tekton”, construcción. Bogdánov lo toma de Ernest Haeckel y expande su significado a “organización”, entendiéndola más como proceso que como estado. Es obvio que el carácter activo de la ontología propuesta en su empiriomonismo está presente aquí. La tectología es la ciencia de la organización universal, cuya tarea es el descubrimiento de los principios generales de toda organización. Finalmente, la realidad es experiencia organizada bajo la forma de complejos que funcionan según ciertas leyes generales. “Complejo” es aquí sinónimo de lo que luego Ludwig Von Bertalanffy llamará “sistema” y que también se vincula con el desarrollo más tardío todavía de la Teoría del Caos y de las matemáticas fractales.²² Todo tiene, entonces, un grado de organización, no importa el nivel del que hablemos (micro-macro/orgánico-inorgánico) suficiente como para ser considerado un “complejo” (una estructura arquitectónica, un sistema neuronal, el interior del átomo, la organización de galaxias o una pared de ladrillos, por ejemplo).²³ La tectología puede ser definida, por lo tanto, como la ciencia de la complejidad. Así como se señala

²²Para la teoría de los sistemas, Von Bertalanffy, Ludwig: *Teoría general de los sistemas*, FCE, México, 1989; para la teoría del caos, Prigogine, Ilya: *Las leyes del caos*, Crítica, 1997; para las matemáticas fractales, Mandelbrot, Benoit: *La geometría fractal de la naturaleza*, Tusquets, Barcelona, 1997.

²³Buena parte de esta descripción de la tectología se base en el ya citado texto de Mattos y en Poustilnik, Simona: “Alexander Bogdánov’s Tektology:

su rol como “precursor” de desarrollos posteriores, también se ha remarcado su deuda con otros intelectuales, en particular Spencer y Ludwig Noiré.

Entre sus conclusiones, la tectología revela relaciones estructurales y leyes comunes a los más variados “complejos”. Se construye así un meta-lenguaje formal que permite la transferencia de conocimientos entre campos especializados. Para Gorelik, el mundo de Bogdánov está constituido por mutaciones dinámicas permanentes, en el cual las diferencias de tensiones energéticas dan lugar a acciones y reacciones.²⁴ Las variadas formas de combinación de esas acciones y reacciones dan lugar a diferentes tipos de complejos: organizados (el todo es superior a la suma de las partes); desorganizados (el todo es inferior a la suma de las partes); neutros (el todo es equivalente a la suma de las partes). Esta clasificación es sin embargo relativa, puesto que el carácter de cada complejo depende de su relación con otros y, sobre todo, del observador. Los complejos son indiscernibles en ausencia de observador. Se encuentra aquí, otra vez, esa relación activa del sujeto con el objeto que veíamos más arriba y que encaja tan bien con la teoría cuántica o la relatividad y tan mal, al mismo tiempo, con una perspectiva materialista estricta al estilo Lenin.

Los complejos son dinámicos pero, al mismo tiempo, estables. Según Gare, el concepto de feedback puede ser observado en la tectología cuando Bogdánov describe la regulación constante propia de todo sistema.²⁵ Tendiendo a la regulación que conserva su existencia, todo complejo puede entrar en crisis conjuntiva

a Science of Construction”, en <https://bogdanovlibrary.files.wordpress.com/2016/08/bogdanovs-tektology-a-science-of-construction.pdf>

²⁴Gorelik, George: “Introduction”, in Bogdanov, Alexander: *Essays in Tektology*, Intersystems Publications, California, 1980.

²⁵Gare, Arran: “Aleksandr Bogdanov’s History, Sociology and Philosophy of Science”, en *Pergamon, Stud. Hist. Phil. Sci.*, Vol. 31, No. 2, 2000, pp. 231–248.

(interacción de complejos) o disyuntiva (disolución de los complejos). Se ha señalado, y es fácil ver, que estos conceptos no solo remiten a la teoría de la evolución darwiniana, sino a la ecología y el estudio de poblaciones. Un influjo más directo puede verse en el arte, en particular en la vanguardia rusa, en el constructivismo.²⁶ Resulta claro que Bogdánov se aparta notablemente de la tradición “marxista” que encuentra en la dialéctica esa “ciencia general de los sistemas”, y lo hace explícitamente. Como explica en *La filosofía de la experiencia viva*, la dialéctica es una perspectiva limitada y un caso particular de la “tectología”.

Bogdánov pretende que su idea “tectológica” está siendo aplicada en la URSS a comienzos de los '20 en la planificación estatal, los programas educativos, el análisis de las formas económicas de transición y el estudio de los tipos psicológicos.²⁷ No estamos en condiciones de medir la realidad de sus palabras. Sí sabemos de la abundancia de críticas contemporáneas. Su concepción de las relaciones entre partes pone más énfasis en la interacción que en la determinación, o al menos concibe una forma limitada de ésta. Así, se lo acusaba de sicologista por otorgarle un papel a la superestructura en el desarrollo de las fuerzas productivas. A ello se suma la perspectiva de la organización dinámica como reproducción estable, para dar pie a la acusación de “conservadora” a la estrategia socialista bogdanoviana. Como veremos más adelante, efectivamente, la experiencia del Proletkult se asienta en la creencia en la necesidad de una transformación previa de la conciencia *antes* de la revolución, un largo proceso que *culmina* con la revolución y no, como pretende Lenin, que *empieza* con la revolución. Otra vez,

²⁶Poustilnik recuerda que el darwinismo ruso rechaza la idea de la “lucha por la existencia”, rechazo que se enfatiza consecuentemente en la tectología. Esta tradición rusa anti-malthusiana se encuentra en muchos pensadores contemporáneos a Bogdánov, como Kropotkin.

²⁷Sochor, op. cit.

el parentesco con *cierto* Gramsci salta a la vista. Volveremos sobre esto más abajo.

Más que por este aspecto bien interesante de su pensamiento, la imagen del Bogdánov científico se apoya en sus experimentos con la transfusión sanguínea, que son, indudablemente, lo más “bizarro” de toda su concepción del socialismo. En efecto, para Bogdánov era posible practicar un socialismo “fisiológico”, es decir, una colectividad física real. A través de compartir la sangre, el tejido más obviamente distribuible entre los individuos de un colectivo, se lograría una mejora sustantiva en la condición física de la humanidad, un alargamiento de la vida y una capacidad inmune muy superior. De allí que los experimentos bogdanovianos con la transfusión eran realmente peculiares. Repasemos un poco la historia de esta práctica médica para entender de qué hablamos.

Los primeros intentos de transfusión sanguínea datan de 1820 en Inglaterra, experiencia seguida de cerca en Rusia. La práctica se extendió a la ginecología, para enfrentar las hemorragias producidas en los partos, hacia 1840-50, pero se abandonó por lo incierto del resultado. Por entonces no se distinguían ni los grupos sanguíneos ni el factor Rh, de modo que se dejó de usar hacia 1870. Los grupos sanguíneos fueron descubiertos recién en 1901 por Landsteiner, quien en 1940 descubrirá también el factor Rh. Hasta entonces, la práctica se fue extendiendo lentamente por los riesgos que implicaba. Ingleses y franceses la usaron durante la Primera Guerra Mundial, pero en Rusia recién se aplicó después de la revolución bolchevique.

La idea de que Bogdánov es un pionero ruso en el tema es falsa.²⁸ La preocupación por el asunto ya estaba presente en 1919, cuando se publica el primer estudio sobre transfusión entre grupos compatibles. Su autor, Vladimir Shamov, aprendió la técnica en los

²⁸La información que sigue ha sido tomada centralmente de Kremontsov, Nikolai: *A Martian Stranded on Earth*, University of Chicago Press, 2011.

EE.UU., pero no consiguió apoyo al volver a la URSS: no encontraba donantes y no podía importar los reactivos para establecer los tipos sanguíneos. Un nuevo artículo de Shamov tuvo mucho éxito entre médicos especialistas rusos, en 1921. Junto con Fedorov, su maestro, y Elanskii, su subordinado, Shamov formó el primer grupo de pioneros en transfusión sanguínea en Rusia. La práctica amplió su campo entre 1923 y 1926, apareciendo nuevos especialistas, como Bruskin, que inventó un aparato para la transfusión directa que empezó a ser construido por el Ministerio de Salud. Krementzov, a quien venimos siguiendo, concluye que al momento de aparición del instituto de Bogdánov ya existía una comunidad de transfusólogos muy activa. Que incluso ya había propuesto, a comienzos de los '20, la creación de un instituto especializado. Una comunidad que no reconocía en Bogdánov a uno de sus pares, sino más bien a un advenedizo.

Según Krementzov, la entronización de nuestro personaje en el primer instituto de investigaciones hematológicas en 1926, tiene una fuente distinta de la supuesta importancia científica de sus investigaciones. Recordemos que, por estas fechas, Bogdánov está en pleno ostracismo político: no solo el Proletkult ha sido destrozado y su mentor ya ha pasado por las cárceles de la Cheka, acusado de estimular la disidencia izquierdista contra el gobierno bolchevique. Su dedicación exclusiva a la investigación de la que hablamos es consecuencia de esta situación de aislamiento profundo. Durante los primeros años de la NEP él, su esposa y un reducido núcleo de amigos se reúne en su departamento para practicar la transfusión mutua simultánea. Es importante distinguir esta práctica de la examinada más arriba: aquella busca reponer lo que falta en el cuerpo enfermo. Es unilateral y reparativa. La versión bogdanoviana es colectiva, bilateral y evolutiva: la transfusión resulta un método para mejorar a los individuos por la vía de compartir con el resto las virtudes físicas y, como consecuencia, diluir los defectos. Este socialismo fisiológico resulta de compartir la sangre, por lo tanto, la

técnica debe ser simultánea y bilateral: dos individuos se transfunden mutuamente, compartiendo lo mejor de cada uno.

De dónde sacó Bogdánov esta idea no podríamos decirlo, pero remite indudablemente a una imagen del científico que no coincide con la práctica científica de la época ni con la que él trabaja en sus textos. Más cercana al alquimista que al fisiólogo, su teoría de los efectos de las transfusiones presupone un salto gigantesco en el proceso de conocimiento, que pasa por alto la investigación pormenorizada de los detalles y va derecho a las conclusiones imaginadas más que probadas. Como sea, un testigo de la época, habiéndolo visitado luego de que comenzara con sus experimentos, comenta a miembros de la dirección bolchevique lo joven que luce, “como diez años menor”. Uno de sus amigos más cercanos, Leonid Krasin, compañero de las primeras etapas del bolchevismo y cercano colaborador en la tarea de financiar al partido con las “expropiaciones”, se encuentra, hacia 1925, muy enfermo. Ocupando posiciones muy importantes en el comercio exterior, Krasin forma parte del reducido grupo dirigente revolucionario. Examinado por los médicos de la dirección, se le sugiere partir hacia el extranjero, ante la incapacidad de los facultativos rusos de encontrar una solución. Enterado de los experimentos de su viejo amigo, Krasin le solicita que lo transfunda. Bogdánov, que al comienzo se niega, lleva adelante la tarea, que da un resultado repentino y notable. Tanto que llama la atención de Stalin.

Por esta época, Stalin no es todavía quien va a ser en los '30. De modo que no se trata de alguna obsesión delirante por la inmortalidad o algo por el estilo. En realidad, está preocupado por una plaga de muertes en el partido, que se está llevando a la tumba a buena parte de la dirección. Incluso se había dado ya un nombre a la posible causa: “cansancio o consunción revolucionaria”. Un desorden nervioso permanente acompañado de un agotamiento no menos permanente. De hecho, el 44% de las visitas médicas de los principales jefes del partido eran resultado de desórdenes nerviosos, lo

que hoy llamaríamos “burn out”. Por más que se tomaron medidas, el asunto no se pudo controlar y, cuando en 1925 Frunze muere de una úlcera perforada, literalmente cundió el pánico. Se inició un debate en la dirección acerca de la forma de organizar un servicio médico eficiente, en el que participaron Rikov y Trotsky entre otros. Es en este contexto en el que Stalin convoca a Bogdánov y se monta con muchos recursos y gran pompa el Instituto que hoy lleva su nombre. Rápidamente comenzaron las transfusiones, de las que participó buena parte, si no toda la dirección.

El instituto se dedicó a la investigación en la línea bogdanoviana, es decir, de la transfusión como mejoramiento de la especie y medio de combatir el envejecimiento. Sus ideas se plasmaron en un texto publicado por el Instituto, *La lucha por la viabilidad*. El envejecimiento, como tema médico, estaba naciendo por la época y daba pie a experimentos no menos disparatados que los del dirigente bolchevique: ingerir yogurt, practicar la vasectomía o trasplantar glándulas sexuales podían alargar la vida y devolver la vitalidad perdida.²⁹ Bogdánov creía que las transfusiones sanguíneas renovaban la sangre y corregían los desbalances de los organismos decadentes. Así, el instituto debía seguir dos líneas de investigación: la “transferencia de inmunidad” y la “igualación de los extremos”. En general, la comunidad médica tomó con reticencias lógicas este conjunto de hipótesis poco menos que disparatadas. Una confirmación de estas reticencias se hizo brutalmente presente en 1928, cuando Bogdánov intenta probar la tesis de que la inmunidad se transmitía de los viejos a los jóvenes. Quería refutar a Elanskii, que había criticado su práctica por peligrosa por la posibilidad de transmitir enfermedades. Como todo científico loco, experimentó consigo mismo, compartiendo su sangre con la de un joven enfermo de

²⁹Véase Krementsov, Nikolai: *Revolutionary Experiments. The Quest for Immortality in Bolshevik Science and Fiction*, Oxford University Press, New York, 2014.

tuberculosis. El resultado fue la muerte. Su funeral contó con la presencia de los principales jefes bolcheviques. Bujarin hizo su encomio, Lunacharsky su obituario, se le puso su nombre al instituto, se otorgó una pensión a su viuda, pero sus sucesores al frente del organismo cambiaron completamente la línea de investigación en el sentido de sus críticos.

Bogdánov, entonces, no era un científico práctico real. Ni fue precursor de la investigación hematológica ni organizó las principales líneas de desarrollo de la disciplina en la URSS. Por el contrario, este aspecto de su actividad general es el más estrambótico, el menos reivindicable, por más que haya contribuido a cimentar su fama de “raro”, “extraño” y “vampírico”. Si la ciencia le debe algo a Bogdánov, probablemente ese aporte se encuentre en su reflexión sobre la sociología y la práctica organizativa del conocimiento científico, antes que en la actividad científica misma.

5. Bogdánov, la revolución y la política cultural

Ya hemos avanzado las líneas fundamentales de su historia política. Firmemente leninista en el conflicto que atraviesa al joven partido, se va “por izquierda”, como líder de la fracción “ultimatista” en relación a la participación en la Duma posterior a la revolución de 1905. Luego de la experiencia de las “escuelas” y del triunfo de Lenin en la interna partidaria, la Revolución de febrero encuentra a Bogdánov en Rusia apoyando al gobierno provisional. Frustrado por la inactividad del nuevo gobierno, pone todas sus esperanzas en la Asamblea Constituyente. Sorprendentemente, el ultraizquierdista de 1908 se ha vuelto moderado durante la segunda década del siglo. El contraste con su archirrival en la interna partidaria, Lenin, no puede ser más fuerte. Es indudable que constituían un par de figuras a contramano.

La misma extrañeza produce el encontrar al defensor acérrimo de un colectivismo que llega hasta su raíz fisiológica, rechazar

el comunismo de guerra. Por el contrario, Bogdánov cuestiona las concepciones que enfatizan en la práctica ese colectivismo, el capitalismo de Estado de Lenin y el comunismo de izquierda de Trotsky, desde una especie de autonomismo culturalista. A diferencia de Lenin, Bogdánov no creía en la continuidad del capitalismo de Estado luego de la guerra. Al contrario, la competencia económica, las fluctuaciones de precios y las inadecuaciones de la demanda reaparecerían rápido. No era, entonces, una fórmula destinada a quedarse en los países capitalistas y difícilmente podría imitarse en Rusia. Los comunistas de izquierda (incluso Trotsky), que se hacían ilusiones sobre el comunismo de guerra, merecían una crítica similar por el autor de *Estrella Roja*. Una economía socialista significaba la progresiva racionalización de las partes y la organización del todo y no simplemente la intervención estatal. El comunismo de guerra, en su perspectiva, va en sentido contrario. La guerra crea la figura del obrero-soldado y fuertes tensiones autoritarias, burocráticas y no cooperativas, que se combinan con una caída de la conciencia de clase obrera bajo el efecto de la influencia de soldados y campesinos. El socialismo de los soldados se reduciría a “comunismo del consumo” frente al “colectivismo de la producción” propio del proletariado. Coherentemente, criticó las requisiciones forzosas y las formas violentas de construcción del socialismo, en particular, de sus tendencias destructivas. Por lo tanto, antes que acercarlo a Lenin y Trotsky, este balance del comunismo de guerra y de la relación necesaria con el campesinado, lo aleja de ambos.³⁰

En este contexto, para Bogdánov la revolución cultural se hace más urgente que nunca. Aquí es donde se ve la diferencia de estrategias: en lugar de la conciliación con el campesinado, el proletariado debía afianzar su hegemonía cultural. Sin ella, la revolución

³⁰Preste atención el lector al discurso de Sterni, el personaje marciano que encarna la necesidad cruda y verá que Bogdánov anticipa el estalinismo veinte años antes.

fracasaría. De allí que el contenido de esa revolución resultaría divergente con lo que la dirección bolchevique tiene en la cabeza. La alfabetización y el cambio de costumbres (la revolución cultural para Lenin y Trotsky) son necesarias, pero no son la tarea *política* de la hora. Es necesario desarrollar una cultura proletaria y *aprender* a ser socialista, conclusión que el vperismo ha sacado de la experiencia de 1905. Esta es la razón por la cual son los vperistas Lunacharsky y Lebedev Polianski los que inician la historia del Proletkult con la conferencia de Petrogrado, poco antes de Octubre. El propio Bogdánov organizó otra en Moscú en febrero de 1918, donde en setiembre se hizo la primera conferencia nacional y se elige el comité central. Bogdánov va a formar parte del mismo y a dirigir su revista, *Cultura Proletaria*.³¹

Las bases de la cultura proletaria serían la valoración del trabajo como elemento central de la vida social, el colectivismo como espíritu de camaradería, la liberación del fetichismo y la unidad de método. Con ello debía revolucionar no solo el trabajo, sino el modo de vida y los sentimientos. El arte ocupaba allí un lugar de primer orden para desarrollar la sensibilidad y producir una persona completamente integrada. En este esquema, el “nosotros” era más importante que el “yo”, en una batalla constante contra el individualismo.³²

Lenin reaccionará violentamente contra la no menos violenta expansión del Proletkult. Sochor cree que la oposición leninista al Proletkult solo se entiende por su pretensión de autonomía, su apoteosis de la clase obrera sobre el campesinado y la inteligencia y su pretensión de reconstruir la cultura pasada, además de su interés en desarrollarse internacionalmente. En relación a esto,

³¹Ya hemos contado la historia del Proletkult en López Rodríguez y Sartelli, op. cit. y a ese texto remitimos al lector.

³²El “Nosotros” tendrá una larga vida en la vanguardia soviética y, por supuesto, en la oposición contra-revolucionaria. Remitimos al lector a Gastev, por un lado, y a Zamyatin, por el otro.

Bogdánov estaba firmemente convencido de que la revolución no podía realizarse en un solo país. De allí que cuando se formó un bureau internacional del Proletkult durante el segundo congreso de la Comintern, sus declaraciones fueron claramente bogdanovianas: “El arte puede organizar los sentimientos en exactamente el mismo sentido en que la propaganda ideológica organiza el pensamiento; los sentimientos determinan la voluntad con no menos fuerza que las ideas.”

Para Lenin la revolución cultural incluía la lucha de clases como tarea fundamental, el rol central del partido, la ideología marxista y la asimilación de la cultura pasada. Esta tesis del asimilacionismo será criticada agudamente por Bujarin, tanto contra Lenin como contra Trotsky, que supone que el tránsito al comunismo será rápido y fácil. En el mismo sentido lo hacía Lunacharsky, cuando señalaba que la cultura proletaria era parte del desarrollo de largo plazo de la cultura socialista y característica de la dictadura del proletariado.

Sochor, que tal vez exagera el lugar que el autor de *Estrella roja* ocupaba en la cabeza de Lenin, afirma que el leninismo como ideología se va a fundar contra Bogdánov, centrado en el marxismo como piedra de toque de la nueva cultura política, la insistencia en que la única fuente de interpretación del marxismo es el partido y el rechazo a cualquier modificación de la ideología oficial. Por eso, la revolución cultural de Stalin tiene más que ver con Lenin que con Bogdánov. Éste habría llegado a la idea de que el socialismo era un objetivo de largo plazo y que dependía, en buena medida, del cambio cultural. Así lo señala en la carta en la que rechaza la oferta de la facción vperista de volver a reunir al grupo, en 1912:

“Recientemente, en el curso de mi trabajo, me he convencido de la enorme importancia de nuestra tarea revolucionaria en el campo de la cultura. He resuelto dedicarme a esta tarea cuando llegue el momento y se consiga la gente necesaria. Voy a dedicar todos mis esfuerzos a

organizar una ‘Unión de Cultura Socialista’ que, como yo la concibo, no será una facción partidaria y no competirá con ninguna organización política específica, pero que, en los momentos cruciales, apoyará solamente al ala revolucionaria de la socialdemocracia.”³³

Como señala Bigart, el fracaso del proletariado de los países centrales en evitar la Primera Guerra Mundial potenció, en Bogdánov, la confianza en la necesidad de una revolución cultural de largo plazo como pre-requisito de la transformación social. No solo en Rusia sino en toda Europa, la transición inmediata al socialismo era una utopía “maximalista” (término que incluía a Lenin y Trotsky). La tarea del momento era la revolución democrática, base sobre la cual debía y podía desarrollarse la cultura del proletariado. Muchos bogdanovianos no van a compartir estas ideas aunque sí la perspectiva de la cultura proletaria. En efecto, muchos ex vperistas o participantes de las “escuelas”, van a retornar al bolchevismo y ocuparán puestos de relevancia en el gobierno y el partido. Para desesperación de Lenin, la influencia de Bogdánov sobre importantes líderes bolcheviques es ampliamente reconocida: Lunatcharski, Bujarin, Kerzhentsev, Bazarov, Groman, Gastev, Pokrovski, pueden dar testimonio del influjo que el autor de *Estrella roja* ejerció sobre ellos. De hecho, el bogdanovismo era la segunda ideología entre los bolcheviques.³⁴

La relación posterior de Bogdánov con el bolchevismo fue ambigua. Aunque Stalin y Bujarin intentaron reclutarlo para el partido, nunca se reincorporó, aunque tampoco prohibió una estructura política competidora (el Proletkult era, al mismo tiempo, mucho más y mucho menos que eso). Más allá de las “hipérboles” en la

³³Citado por Bigart, John: “Alexander Bogdánov and the short History of the Kultintern”, in *Alexander Bogdanov Library*, site of Historical Materialism.

³⁴Véase Utechin, S. V.: “Bolsheviks and their allies after 1917: the ideological pattern”, *Soviet Studies*, Vol. X October 1958, nº 2.

evaluación de su figura, el bogdanovismo representa la fuerza de las ideas más que las de la política. “Era una alternativa teórica a Lenin, más que política”, afirma Sochor, aunque esta separación no parece convincente. En particular, no convenció a Lenin. Sochor insiste en que la alternativa no era entre dos pretendientes al liderazgo partidario, sino entre dos formas (leninismo y bogdanovismo) de concebir y construir el socialismo, por un lado, y sobre la relación entre revolución y cultura, por el otro. Es discutible.

La diferencia entre ambos pasa, esencialmente, por las concepciones respectivas (y opuestas) sobre la “revolución cultural”: como un proceso veloz, radical y dirigido para cambiar valores y actitudes (Bogdánov), o como un lento y continuo proceso de ascenso de la conciencia (Lenin); como una exigencia primaria de la revolución, condición sine qua non del triunfo (Bogdánov), o como una consecuencia del desarrollo del proceso revolucionario consistente en la adquisición de capacidades básicas como la alfabetización (Lenin); transformación de la cultura de las masas (Bogdánov) o creación de cuadros partidarios (Lenin).

Tanto para Lenin como para Bogdánov, el proletariado no puede superar espontáneamente la conciencia sindical. De allí que para el primero la teoría tiene que provenir de fuera, de la mano del partido revolucionario. El segundo encuentra allí, por un lado, un acuerdo (la necesidad de intervención en el proceso de la conciencia), por otro, una limitación y un peligro: el limitarse a lo puramente político despoja al proletariado de un marco más amplio de acción y concentra en una élite el conocimiento real del conjunto del proceso en marcha. La revolución puede, entonces, quedarse a mitad de camino, al mismo tiempo que entronizar un grupo que expropie del poder a sus protagonistas. Ninguna revolución puede triunfar si no va precedida y acompañada por una revolución cultural, piensa Bogdánov, ofreciendo la revolución francesa como ejemplo. Más aún en un contexto en el que la masa de la población campesina acecha. El fracaso de la Segunda Internacional frente a

la prueba de fuego de la Primera Guerra Mundial puede explicarse más que como expresión de una “aristocracia obrera” (Lenin), como la carencia de independencia cultural de las masas en relación a sus burguesías.

Esta dependencia cultural se fomenta con el parlamentarismo y con formas de auto-organización del proletariado (partidos, sindicatos, cooperativas) que terminan funcionando de acuerdo con las leyes culturales del capitalismo, permeadas por el fetichismo: la propiedad privada, el individualismo y las normas legales y morales. Se gesta así una actividad basada en la competencia en el mercado y en el compromiso político. No son formas adecuadas para la transición al socialismo. Al contrario, gestan relaciones autoritarias que deben ser combatidas por relaciones de camaradería y de “colectivismo” en el interior del partido.

Una acusación fácil contra Bogdánov es aquella que pretende que para el autor de *Estrella Roja* la revolución es un hecho “cultural”, donde no importa la toma del poder. Sin embargo, el punto de partida de su reflexión es la diferencia entre la lucha contra el capitalismo y la construcción del socialismo. Observa el proceso revolucionario como un continuo precedido y continuado por tareas culturales, contra Lenin, que cree que el proceso se desarrolla por etapas. En este punto, Sochor asimila su perspectiva a la de Gramsci.³⁵

Como dice Sochor, la intervención de Bogdánov tiene dos consecuencias, una inmediata, otra de largo plazo: provoca el inicio

³⁵Según Bigart, Gramsci será parte de los intentos de bogdanovianos como Pletnev, de mantener viva bajo una forma más diluida la Kultintern. Véase Bigart, op. cit. El mismo autor muestra la expansión internacional de la temática de la cultura proletaria en Inglaterra, Italia, Alemania, Checoslovaquia. En Francia, su influencia podría verse en la experiencia de *Clarté*, de Henri Barbusse. Como hipótesis, pensamos que la influencia del bogdanovismo como cultura proletaria podría ser rastreada no solo en Gramsci, sino también en Mariátegui y Brecht.

de la “revolución cultural” leninista; construye el contenido utópico de la “revolución cultural” stalinista.³⁶ Dicho de otro modo, Bogdánov moldeó el terreno sobre el cual el problema de la cultura se discutió durante toda la revolución. Sus planteos obligaron a Lenin a intervenir y, aunque resultó reprimido, no fue derrotado. El utopismo bogdanoviano continuó permeando todos los debates durante la década del '20 y resurgió durante la revolución cultural stalinista. Sin embargo, el contenido de ésta última es muy diferente de la experiencia proletkultista: lo que domina el período 1928-32 es la confrontación entre la *intelligentzia* surgida durante la revolución y la vieja. No se trataba de una transformación cultural de las masas, sino de una batalla en el seno del grupo dirigente, la burocracia.

Con relación a Stalin, Sochor insiste que su revolución cultural se parece más a la de Lenin, contra Brown, Biggart y Lecourt.³⁷ Stalin, igual que Lenin, enfatiza el aspecto de guerra de clases en el frente cultural, elemento que estaba ausente en Bogdánov. La fidelidad al partido, que fue uno de los elementos de defensa asumidos por los grupos sucesores del Proletkult para salvarse de las iras de Lenin, construyó el stalinismo. Es el caso de *Octubre*: control partidario, lucha de clases, ortodoxia ideológica. Otros proletkultistas abandonaron el partido durante la NEP (*Kustnitza*, por ejemplo) y muchos se suicidaron. El stalinismo aprovechó la hostilidad de los proletkultistas contra los especialistas burgueses y los sumó a su frente como ariete. Sochor supone que la censura de Bogdánov a comienzos de la NEP está ligada a una concepción en la cual los factores culturales pueden ser fundamentales en la perpetuación de

³⁶Sochor, op. cit.

³⁷Brown, Edward J.: *The Proletarian Episode in Russian Literature, 1928-1932*, Columbia University Press, New York, 1953; Biggart, John: “Bukharin and the Origins of the Proletarian Culture Debate”, en *Soviet Studies*, vol. XXXIX, nº 2, April 1987, 229-246; Lecourt, Dominique: *¿Proletarian Science? The Case of Lysenko*, NLB, London, 1977.

un sistema social. Digamos que no es una idea aislada, en la época y en el seno de bolchevismo. Recordemos la analogía muy utilizada que vinculaba la derrota militar de los griegos por los romanos y la victoria cultural de los primeros sobre los segundos, con la posibilidad de que la victoria militar bolchevique fuera superada por su derrota cultural frente a la burguesía. Era un *leit motiv* repetido por, por ejemplo, Bujarin, pero también por Trotsky.

Más allá de las potenciales tendencias restauracionistas que el atraso cultural portara, en Bogdánov se podía leer algo más peligroso todavía y que debía causar escozor a los líderes bolcheviques: que ese atraso cultural pudiera desembocar en la continuidad de la explotación y la alienación aunque la base misma fuera transformada. Lo que podía colocar a los bolcheviques como nueva clase dominante. Esta idea tampoco era ajena al clima de ideas de la época y, de hecho, fue propagandizada por anarquistas y críticos burgueses de la revolución. Más preocupante para la dirección bolchevique era la amplia recepción que en el seno del partido tenía esta crítica a la burocratización creciente y, de hecho, fue el caballito de batalla de los agrupamientos de izquierda en su interior. Precisamente, por esta idea fue apresado por la Cheka, acusado de ser el autor intelectual de las ideas del grupo Verdad Obrera, que sostenía que la dirección comunista debía ser derrocada.³⁸ Por esta razón también, Bogdánov va a ser considerado uno de los antecedentes de lo que luego Withfogel, Burham y Djilas van a desarrollar como “teoría de la nueva clase”.³⁹

³⁸Por esta época, se denominó “bogdanovschina” al conjunto de tendencias opositoras dentro del partido, como los “colectivistas” y la Oposición Obrera.

³⁹Los textos en los que estos autores desarrollaron sus ideas sobre la naturaleza de la URSS o de los fenómenos políticos que imaginan propios de ella son: Djilas, Milovan: *La nueva clase. Un análisis del régimen comunista* (se consigue versión en pdf fácilmente); Burham, James: *La revolución de los*

De esta teoría de la organización se desprende, entonces, una teoría de la cultura que le otorga un rol más importante que en las variantes economicistas del marxismo. La cultura juega un rol organizador en la sociedad y sin su análisis, la comprensión de la vida social está incompleta. La base de la división social yace en el progreso tecnológico en la producción, pero su momento formativo está en la ideología. La revolución solo tiene lugar cuando la clase dominada adquiere conocimientos y habilidades suficientes como para superar a la dominante, lo que bien leído no está lejos de la concepción marxista según la cual el proceso transformador recién termina cuando los “conquistadores” reconstruyen la superestructura a su imagen y semejanza.

Nos encontramos aquí, entonces, en el cruce que une a nuestro autor con otro personaje muy querido para nosotros, Antonio Gramsci. ¿Resulta ser, Bogdánov, como el marxista italiano un reformista culturalista, es decir, alguien que cree que la transformación social no tiene que ver con la toma del poder sino con un lento proceso de predominio cultural del proletariado? En los dos casos, hay montañas de papel a favor y en contra. En relación a Gramsci, ese tema ya constituye una industria en sí misma. No es este el lugar en el que podamos realizar una labor tan ardua como establecer orden entre troyanos y troyanos en este debate, ni con relación al autor del *Maquiavelo* ni mucho menos, por razones que quedarán claras en el apéndice que acompaña a este texto, en relación al de *Estrella roja*. Sí se verá, hacia el final, que la experiencia bogdanoviana en este campo puede iluminar tareas pendientes de la izquierda actual. Probablemente se encuentre aquí el mayor legado político de Bogdánov a la revolución socialista.

6. Bogdánov, el escritor

Quizás resulte excesivo llamar “escritor” a Bogdánov por haber editado un par de novelas, en rigor, casi una sola con una “secuela”. Escribió también poemas, pero lo suyo no era la literatura. Es más, la elección de la ciencia ficción encaja bien con un ensayista preocupado por ilustrar sus puntos de vista antes que con un “literato”. En efecto, esta actitud no hace más que reproducir dos características de la *intelligentzia* rusa: un realismo “sociológico” dedicado sobre todo a criticar la realidad rusa, por un lado; por otro, la defensa de la tecnología de avanzada como solución del atraso que se critica.

Es indudable que la ciencia ficción de Bogdánov está atada no solo a la historia del género sino a las tensiones político-intelectuales que recorrían a toda la *intelligentzia*. En particular, el problema del atraso técnico, social e intelectual frente a “Occidente”. Una división en su interior la atravesó a lo largo de toda su historia: la de la reacción necesaria ante ese “atraso”. De un lado, los “occidentalizantes”, modernizadores; del otro, los “orientalizantes” o “eslavófilos”, partidarios de conservar las “particularidades” nacionales. En el medio, muchas variantes. Por ejemplo, el del verdadero padre de la ciencia ficción rusa, Odoevsky, que siendo eslavófilo imagina la construcción de un ferrocarril, instrumento “modernizador” por excelencia en la época, que hacia el año 4338 une Pekín con San Petersburgo. Escrita entre 1838 y 1864, la obra expresa la ilusión de que el tren separe a Rusia de Europa y la suelde con Asia. Es una modernización pensada en el marco de las teorías nacionalistas de Herder y en el organicismo de Cuvier.⁴⁰ En la misma línea se ubica otro eslavófilo, Danilevsky.

⁴⁰Banerjee, Anindita: *We, Modern People. Science Fiction and the Making of Modern Russia*, Wesleyan University Press, New York, 2012. En lo que sigue desarrollamos ideas de la misma autora, salvo que digamos lo contrario.

La ilusión ferrocarrilera, común a muchos intelectuales rusos (como Dostoievsky), se une a la construcción imaginaria de Siberia como la “frontera”, tierra de promisión y oportunidades abiertas al futuro, como el oeste americano o Alaska. Siberia será la ubicación imaginaria de muchas utopías modernizantes. Indudablemente, los intelectuales se sentirán muy atraídos por esta fuerza utópica, tanto de Siberia como de la tecnología. La electricidad ejerció en el mismo sentido un tremendo impacto, ya desde el siglo XVIII con Lomonosov, y en el XX con Bely y Briusov. Este último escribió *La rebelión de las máquinas*, Zinaida Hippus “Electricidad” y Platonov, involucrado luego en el GOELRO (el plan de electrificación), *La patria de la electricidad*.

De allí el rápido desarrollo de la ciencia ficción en Rusia, siempre ligada a este problema del atraso y vinculada a corrientes que, hacia comienzos del siglo XX se mezclan con la revolución y la transformación social. Es el caso del futurismo y del cosmismo. En efecto, dos representantes de ambas tendencias, Klebnikob, por un lado y Gastev, por otro, desarrollarán la ciencia ficción “poética” (“El árbol”, del primero y “Express”, del segundo, por ejemplo), vinculándose con la imaginería de la teoría de la relatividad, el aeroplano, la electricidad y el cine, de gran impacto en la época (Fedorov, por ejemplo). Según Banerjee, el tema de la aviación es recurrente en la ciencia ficción soviética, dando lugar a un género particular, el “drama aéreo”, como *El vuelo*, de Andreiev. Incluso los simbolistas jugaron con esta idea (Blok y Briusov, entre otros). Para los futuristas, el aviador es el prototipo de la humanidad futura.⁴¹

⁴¹Esta idea, obviamente, ya está en Verne y Wells. Para Verne, la revolución de los transportes es un leiv motiv del futuro. Viajar más rápido, más lejos, por todos los medios posibles: *La vuelta al mundo en 80 días*; *De la tierra a la luna*; *Cinco semanas en globo*; *Veinte mil leguas de viaje submarino*; *Robur, el conquistador*; *El expreso del futuro*. También Wells desarrolla el tema en *Los primeros en la Luna*. Se podría hipotetizar que la ciencia ficción rusa

Recordemos que estamos en la era de la velocidad. Todo el mundo quiere “moverse” y hacerlo lo más rápido posible.⁴²

En esta “manía” por la aeronavegación en Rusia, como señala Brandon Taylor, surge la preocupación por los viajes interplanetarios, en la realidad y en la ficción. Si Vasili Kamenski, piloto de acrobacias y compositor de poemas “ferro-concretos”, como Gastev, el “bardo de la era de la máquina”, caían rendidos a la tendencia, la misma oleada afectaba otras artes (Malevich, por ejemplo) e incluso estimulaba sueños más realistas. Por esta época es que empieza a diseñar el futuro plan espacial soviético Kostantin Tsiolkovsky, el padre de la astronáutica que llevará al primer ser humano al espacio.⁴³

Banerjee traza la ruta de la ciencia ficción interplanetaria que desemboca en Bogdánov: en 1892, G. Liakide escribe la primera novela rusa de viajes espaciales, una especie de “odisea astronómica” titulada *En el océano de estrellas*, preocupado, al estilo Tarkovsky o Kubrick, por los cambios psicológicos en las tripulaciones sometidas a largos períodos de viaje. Otra novela importante es *Sobre las ondas de éter*, de A. Krasnagorsky, de 1913. El mismo Tsiolkovsky escribe ficciones cortas (“En la luna”, de 1893, “Sueños de la tierra y el cielo” y “Fuera de la Tierra”, de 1916) y proyecta mundos artificiales para vivir en el espacio.⁴⁴ También se pueden sumar *Marte y*

es Verne (la técnica contra el atraso) más Wells (el análisis social contra la realidad política).

⁴²Harte, Tim: *Fast Forward. The Aesthetic of Speed in Russian Avant-Garde Culture, 1910-1930*, University of Wisconsin Press, Madison, 2009.

⁴³Taylor, Brandon: *Art and Literature under Bolsheviks*, Pluto Press, London, 1991. Sobre Tsiolkovsky, véase Edwards, James: *Red Cosmos. K. E. Tsiolkovsky, Grandfather of the Soviet Rocketry*, Texas and Austin University Press, 2009. También, Siddiqi, Asif: “Imagining the Cosmos: Utopians, Mystics, and the Popular Culture of Space Flight in Revolutionary Russia”, en *Alexander Bogdanov Library*, site de Historical Materialism.

⁴⁴Banerjee, op. cit.

sus habitantes, de Uminsky (1896), una crítica ecológica contra las máquinas, y los cuentos de Sluchevsky.

Si bien es cierto, entonces, que Bogdánov escribe sus obras en un contexto muy productivo en la temática y en una trayectoria cultural rusa previa, también es cierto que la ciencia del momento actúa como acicate. Son dos los eventos centrales: el primero, la nueva física, en particular, la relatividad; el segundo, la astronomía y la observación de Marte. Sobre la relatividad y la nueva física diremos simplemente que el asunto fue muy debatido entre los marxistas rusos y que tuvo una influencia notable en la plástica y la poesía simbolista.⁴⁵ Sobre Marte, podremos extendernos un poco más.

En efecto, en la época Marte era objeto de una observación detallada, producto de los “descubrimientos” de Schiaparelli y Lovell. Este Marte era un planeta vivo, en el que se imaginaban canales, grandes obras de infraestructura y una civilización avanzada, ilusión que se desmoronará violentamente entre 1964 y 1971, es decir el período que va desde la Mariner hasta la Viking. Se descubrirá allí un mundo muerto, estéril y casi sin interés alguno. Habrá que esperar hasta los '90 y el renacimiento de la esperanza en un Marte al menos “microbiano”, con los distintos “rovers” que examinan de nuevo el terreno marciano y los satélites que cartografían con detalle la superficie, estableciendo las bases para un mejor conocimiento de la historia del planeta. De la esterilidad, a la presencia de agua y la constatación de un pasado lejano no demasiado distinto de la Tierra. Obviamente, la ciencia ficción marciana pasa por un período de estancamiento durante el período “esteril”, para relanzarse ahora no con la reflexión sobre extrañas y avanzadas culturas,

⁴⁵Véase Joravsky, David: *Soviet Marxism and Natural Science, 1917-1932*, Routledge, London, 2009.

sino más bien con proyectos para acondicionar Marte para la vida humana, para “terraformarlo”.⁴⁶

En la época de Bogdánov, como dijimos, Marte estaba más que vivo. Buena parte de esta “vida” era una proyección indebida del trabajo de Giovanni Schiaparelli. Astrónomo, con importantes aportes a su disciplina, historiador de la ciencia, un científico en toda la regla, Schiaparelli se hizo famoso por sus observaciones del planeta rojo en 1877, donde entendió haber descubierto “canales” que podrían ser el vehículo de circulación de agua y, por lo tanto, de la posibilidad de vida orgánica. La traducción al inglés de “canales” como “canals” y no “channels” enfatizó la creencia en la existencia de una sociedad avanzada (la primera expresión alude a una construcción artificial) y lanzó el mito, a pesar de que varios astrónomos reconocidos demostraron que se trataba de ilusiones ópticas. De todos modos, el mito de los “marcianos” avanzados no tuvo la dimensión que adquirió luego, una verdadera “manía”, con la intervención de Percival Lowell.

Lowell, millonario y astrónomo aficionado, declaró que los canales de Marte eran prueba de que los marcianos existían y de que se estaban muriendo. Para evitarlo, traían agua desde los polos a través de los canales. Fue rápidamente desacreditado por los científicos, lo que no impidió que se impusiera a todos en la consideración popular. Es cierto que la serie de especulaciones sobre vida en el planeta rojo se remonta al siglo XVIII, con los descubrimientos de Herschel sobre las similitudes entre la Tierra y Marte. Herschel, una de las glorias de la historia de la astronomía, ya había hablado de los “habitantes” de Marte que, en su opinión, no eran muy diferentes de nosotros.⁴⁷ La aparición de Lowell en escena, fue más

⁴⁶Véase Hendrix, Howard, George Slusser y Eric Rabkin: *Visions of Mars*, McFarlane & Company, Jefferson, 2011. Piénsese también en la trilogía marciana ya mencionada de Kim Stanley Robinson.

⁴⁷En este apartado nos basamos en Crossley, Robert: *Imagining Mars*, Wesleyan University Press, Middletown, 2011.

impactante, no solo por los eventos científicos mencionados en torno a Marte, sino por un terreno ya abonado por la ciencia ficción. Lowell, por lo tanto, no era el único responsable de esa imaginación disparada. Es, en todo caso, el mayor exponente de la línea formada por Herbert George Wells y Camille Flammarion. Flammarion, astrónomo y espiritista, hizo mucho por divulgar la idea de la existencia de una civilización avanzada en Marte y de hecho fue la inspiración principal de las ideas de Lowell. Publicó, en 1892, con ocasión de una nueva oposición planetaria, *El planeta Marte*, libro de una influencia enorme, no solo en Lowell, que abandonó una carrera como crítico de arte oriental para dedicarse de lleno, gracias a su enorme fortuna, a darle continuidad a los descubrimientos de Schiaparelli. Poco después de la obra de Flammarion aparecería la primera novela utópica americana ambientada en el planeta rojo, *Unveiling a Parallel*, de Alice Jones y Elle Merchants. Este libro inaugura la tradición de usar Marte como experimento utópico. En la misma línea, en Alemania, se publica *Dos planetas*, de Kurd Lasswitz. *Estrella Roja*, en 1908, aparece, entonces, en el cenit de esta “manía marciana”, precedida no solo por la reflexión científica sobre las posibilidades de tales eventos, sino sobre todo, de la tradición utópica ya iniciada.

7. ¿Steampunk marxista, utopía bolchevique o vía “empiriomonista” al socialismo?

Teniendo ya Bogdánov mucho que ofrecer para cualquiera que quiera ocuparse de su vida y su obra, no se puede negar que *Estrella roja* viene a agregarle a esa oferta un plus difícil de rechazar. No solo porque ya es extraño que un gran dirigente y teórico revolucionario escriba literatura (ni Marx ni Engels, más allá de un poema juvenil y algo por allí, ni Lenin ni Trotsky, ni Gramsci ni Rosa Luxemburgo, etc., etc.), sino por el género elegido, la ciencia ficción. Solo con ello fácilmente se puede especular con libertad

sobre un “caso” tan “exótico”. De allí que las interpretaciones de la novela no sean siempre ajustadas a su realidad histórica, es decir, a qué quiso decir Bogdánov con su historia.

En efecto, tal vez la interpretación más libre en este sentido es la que ofrecen los traductores de Nevsky Prospects, que la definen como un “steampunk bolchevique”, aludiendo a su género.⁴⁸ “Steampunk” es una variante de la ciencia ficción cuya base tecnológica sigue siendo la energía del vapor, con una estética que remite a la Inglaterra victoriana.⁴⁹ Dado que *Estrella roja* fue escrito a fines de esa época, no podría ser “steampunk”, en tanto la clave de este movimiento es su carácter “retro”, es decir, la ambientación en épocas pasadas, mientras que la novela de Bogdánov es contemporánea a ese ambiente. Aun así, claramente, *Estrella roja* no es el caso. Si hay algo que caracteriza a la tecnología que se expone en ella es más bien su carácter futurista incluso para el día de hoy. Baste señalar que la clave de los viajes espaciales (y de buena parte de la energía utilizada en Marte) es la misteriosa “materia negativa”, que anula la gravedad y que se parece tanto a lo que hoy llamamos “energía oscura” que está aumentando la velocidad de expansión de universo, un acertijo difícil incluso para los científicos más avanzados del siglo XXI.

Para otros autores, *Estrella roja* es una “utopía bolchevique”,⁵⁰ cuestión que depende mucho de cómo consideremos a Bogdánov y al bolchevismo en términos políticos. Si nos atenemos a la creencia bogdanoviana en que la tectología era la teoría que le faltaba a la práctica bolchevique, puede ser. Sin embargo, el bogdanovismo es muy fácil de distinguir del leninismo, en términos filosóficos y

⁴⁸Véase Womack, op. cit.

⁴⁹Tómese como ejemplo de esta estética *Wild Wild West*, *Van Helsing*, *cazador de vampiros*, *La Liga extraordinaria* o *Hellboy*.

⁵⁰Así opinan los editores de *Estrella roja* en inglés, Loren Graham y Richard Stites. Véase Bogdanov, Alexander: *Red Star. The First Bolshevik Utopia*, Indiana University Press, Indiana, 1984.

políticos. Por otra parte, es cierto que esas diferencias no siempre se deben a causas profundas sino a contradicciones y diferencias propias de la lucha. Como sea, tampoco tenemos un equivalente leninista como para comparar ambas posiciones, salvo que acudamos a *El Estado y la revolución*. Si hemos de creer a Évald Iliénkov, *Estrella roja* es, más bien, una utopía “machista”, lo contrario del leninismo, desde su punto de vista.⁵¹

Es mejor apelar a la novela misma y ver qué nos dice. De su autor, de la época, del tema que discute. Empecemos por esto último: ¿cuál es el tema de *Estrella roja*? Evidentemente, un tema importante es la descripción de las características de la sociedad futura. Otro, el de la técnica. Uno, más esquemáticamente esbozado, el de las condiciones ecológicas de la existencia humana. No obstante, el gran tema que recorre toda la novela y vertebra la acción, es el de las perspectivas y problemas de la revolución en Rusia. Iremos sacando capa a capa hasta llegar al corazón de la cuestión.

La sociedad futura, la técnica y la naturaleza

Evidentemente, la sociedad socialista está esbozada a grandes rasgos, sin mucho detalle. Ello tiene que ver con la poca extensión de la novela, pero también con el hecho de que no es el punto central de la trama. Es sí expresión de uno de los grandes temas bogdanovianos: la necesidad de ofrecer una imagen del futuro como combustible “moral” de la lucha. No se puede desear aquello que no se conoce y, por lo tanto, encuentra allí su lugar la utopía. Es un asunto poco registrado por el marxismo y más bien genera cierto rechazo, por la asimilación con el socialismo utópico que Marx combatió frontalmente y no sin razón. De todos modos, el rechazo del utopismo, la tendencia a construir idealmente sociedades

⁵¹Iliénkov, Évald: *The Metaphysics of Positivism*, cap. II, “The Positive Programm of Positivism”, en Marxist.org

imaginarias en lugar de comprender las condiciones materiales concretas que hacen posible la lucha por un mundo distinto, conlleva el peligro de olvidar el objetivo de la lucha. *Estrella roja* intenta dar una respuesta a ello.

Entre las características de esa sociedad futura se encuentran el feminismo, lo colectivo, la libertad individual y la abundancia. En el socialismo marciano Bogdánov imagina una completa igualdad de géneros pero no por la vía de la instalación de derechos particulares, sino por la desaparición progresiva de la diferencia no solo social y cultural, sino incluso física, entre géneros, producto de la eliminación del patriarcado. La estructura familiar, base del patriarcado, es eliminada mediante la socialización de la reproducción humana: muy tempranamente los niños se socializan en casas-escuela, donde se mezclan con otros de diversas edades y son atendidos por personal que ha elegido voluntariamente esa tarea. Los padres pueden visitarlos cuando quieran e incluso trasladarse a vivir con ellos o elegir ser educadores. Ello no elimina el amor entre padres e hijos (aunque en la novela aparecen madres pero no padres), pero genera un espacio de socialización muy amplio que garantiza la seguridad y la libertad de los niños. Sin estructura familiar, garantizada socialmente la existencia de todos los individuos, es decir, habiendo asumido la reproducción social de la vida, los marcianos pueden tener un régimen de relaciones amorosas abiertas y simultáneas, pero ello no implica la ausencia de sentimientos. En *Estrella roja* hay amor pero no sexo, al menos no explícitamente. No porque se rechace la sexualidad, sino porque lo que se pone en primer plano es el sentimiento antes que el deseo. Mejor dicho: el sentimiento amoroso es objeto de investigación y análisis y la sexualidad se da por hecho.

Una sexualidad liberada se encuentra implícita en el socialismo marciano, como consecuencia de la inexistencia de celos y de la posibilidad de mantener relaciones simultáneas. Ello se vincula a la eliminación de la propiedad privada. Eso no significa que los individuos no se vean obligados a elegir entre posibles relaciones,

ni que existan dramas amorosos resultantes de proyectos personales divergentes. Por ejemplo, el pasaje en el que la sexualidad y la familia son contrapuestas a la actividad intelectual pura, situación que afecta nada más ni nada menos que al Ingeniero Menni, un personaje clave.

No queda del todo claro el lugar de la homosexualidad en la economía amorosa marciana. En la medida en que la diferencia física entre géneros se borra (el protagonista no puede distinguir con claridad a marcianos de marcianas), ello pareciera estar habilitado. Al menos eso podría deducirse tal vez forzando la lectura de algunos pasajes, idea estimulada por las características del “feminismo” bogdanoviano, que apunta a la androginia. Esta perspectiva se sostiene en la convicción, no explicitada pero latente, de que las mujeres podrían realizar cualquier tarea, no habiendo una división sexual del trabajo (aunque en la novela los personajes con más poder son varones y se habla explícitamente de “madres” y de “instinto maternal” pero no de “padres”).

La primacía de la colectividad es el rasgo dominante de las relaciones humanas en el socialismo marciano. En Marte no hay “genios”, el trabajo común es el único héroe. El fin de la propiedad privada genera un tipo de conciencia difícilmente comprensible por quienes han sido educados en sociedades de clase. La ausencia de rasgos de egoísmo, de mezquindad, se deriva de la primacía de las relaciones comunitarias. No queda claro cuál es la forma de gobierno de una sociedad de tres mil millones de habitantes, de modo que un cierto automatismo social podría deducirse, aunque la novela es extremadamente parca en este punto.

Esta presencia dominante de lo colectivo, no solo no borra la voluntad, el deseo o la elección personal sino, por el contrario, los hacen posible. Los individuos no se encuentran coaccionados para el trabajo, lo eligen voluntariamente, pueden cambiar cuando lo deseen y trabajar la cantidad de horas que deseen. La jornada media se ha reducido a cuatro horas, pero hay quienes trabajan más

e incluso aquellos que se obsesionan con el trabajo. Los desfases en el proceso productivo, la falta o el exceso de trabajo se cubren espontáneamente al solo aviso del sistema centralizado de producción. Esta cultura, donde el individualismo es disonante, es difícil de comprender para los intelectuales. De hecho, el protagonista sufre enormemente por ello y, sobre el final, llega a la convicción de que los obreros serían más capaces de asimilarla, no solo por su lugar en la vida productiva, marcada por el contacto cotidiano con otros seres humanos, sino por la carencia de prejuicios que es el resultado involuntario de la falta de educación (tienen menos que “desaprender”). Aparece aquí ya el gran tema bogdanoviano de la “cultura proletaria”.

Toda esta construcción se basa en la abundancia. Marte es la sociedad de la abundancia. Cada uno toma lo que cree que necesita sin restricción alguna. No obstante, los marcianos tienen gustos sencillos y prácticos, al menos para el caso de la ropa, en la que se prefiere la comodidad y la simpleza a cualquier otra cosa. Por otra parte, la producción es rigurosamente controlada por un comando unificado del que no se dan demasiadas precisiones, cuyas características parecen ser rigurosamente técnicas antes que políticas, tal vez porque la política es un elemento ausente (no se puede saber si del análisis o de la realidad marciana).

Por supuesto, el soporte último de este experimento social es una tecnología avanzada. Donde ello más destaca es en el plano del transporte, pero luego accedemos a varios ejemplos en otro tipo de campos, en particular, en el de la energía. Esa tecnología es la única esperanza posible, fuera de la vía colonial, para superar los obstáculos de la contradicción entre la humanidad y la naturaleza, que en el poco dotado medio-ambiente marciano, amenaza con generar una catástrofe. Hay, en la construcción imaginaria bogdanoviana cierto grado de conciencia importante acerca de lo que hoy llamamos “ecología”, aunque la fe en las posibilidades tecnológicas lo aleja de un “conservacionismo” favorable al “fin del progreso”. Por

el contrario, esta idea del progreso permanente de la humanidad es un presupuesto que se explicita en más de una ocasión.

Como se puede apreciar, *Estrella roja* está muy alejada de aquellas utopías donde lo que domina es la descripción de la sociedad ideal.⁵² Se trata de pocos rasgos generales, no explorados con exhaustividad. Se entiende, porque *Estrella roja* no es una utopía, o por lo menos, ese no es su tema central.

La estrategia de la revolución en Rusia

Hay un contrapunto permanente entre las condiciones de la revolución en Marte y la Tierra. En Marte, el proceso fue facilitado por una tendencia a la centralización política como consecuencia de las limitaciones ecológicas, que debieron ser contrarrestadas por el sistema de canales que evitaran la desertificación definitiva del planeta. Algo así como la relación entre Egipto y el Nilo. Esta centralización elimina rápidamente particularismos y sus correspondientes “patriotismos”, haciendo más fácil el entendimiento entre los seres humanos marcianos. Por otra parte, el capitalismo marciano se desarrolló fluidamente, terminando con todas las rémoras del pasado feudal, en especial, el campesinado. El desarrollo político marciano adquiere, entonces, un paso más suave y menos violento, hecho que no deja de tener consecuencias en la cultura y la conciencia de la sociedad. En la Tierra, por el contrario, todo tiene un tono elevado, tortuoso, plagado de masacres inútiles y avances penosos. El ser humano terrícola refleja en su sicología esa historia de violencia exacerbada. Su socialismo no podría escapar a esta marca profunda.

⁵²Aunque Zenobia Sochor lo compara con Rudolph Bahro, comparación que podría extenderse a Ernest Mandel, la riqueza descriptiva de ambas obras, más programáticas que utópicas, está ausente en *Estrella Roja*. Véase Sochor, op. cit.; Bahro, Rudolph: *La alternativa*, Alianza, Madrid, 1980 y Mandel, Ernest: *El poder y el dinero*, Siglo XXI, México, 1992.

Esta contraposición Marte-Tierra, creemos, esconde en realidad otra: la que enfrenta, de un lado, a los países avanzados (Alemania, EE.UU., Gran Bretaña, Francia) y, del otro, a los atrasados (Rusia, sobre todo). No solo la revolución será más fácil en aquellos, sino requerirá menos violencia (el propio Marx, en más de una ocasión habló de un pasaje pacífico al socialismo, apoyado en la creencia en que una tasa muy elevada de proletarización aislaba a la burguesía). Su socialismo será más pleno. En estos, por el contrario, la revolución será más violenta y sus resultados más pobres: un socialismo “bárbaro” y autoritario. Ello está muy bien descrito por Sterni, el personaje que planea invadir la Tierra y eliminar a la humanidad porque, por sus características, no merece un planeta con tantos recursos, que despilfarra y malgasta. Su discurso en favor de esta perspectiva no podría resultar más profético acerca de los resultados de la Revolución rusa y del ascenso del stalinismo. Está aquí presente otro tema importante de la trayectoria intelectual de Bogdánov: las tendencias autoritarias y dictatoriales que surgen espontáneamente en una sociedad posrevolucionaria que carece de las condiciones adecuadas para desplegar sus virtudes y cae víctima de la necesidad.

Pareciera que el resultado final de ese viaje experimental es negativo. Sin embargo, se abre una esperanza corporizada en la relación entre el protagonista y su amor marciano: que Marte ayude a la Tierra con su cultura superior. La revolución en los países atrasados, entonces, depende crucialmente, para no degenerar, del triunfo previo del socialismo en los países centrales. Esto no solo entronca, hacia atrás, con la famosa carta de Marx a Vera Zasulich a propósito del porvenir de la comuna rural rusa, sino, hacia adelante, con la teoría del eslabón débil y los debates sobre el socialismo en un solo país.⁵³ Queda claro de qué lado se pone Bogdánov aquí. No es extraño, entonces, que apoye primero al gobierno provisional

⁵³Véase Marx, Karl y Federico Engels: *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, Pasado y Presente, México, 1980.

desde una perspectiva filo-menchevique, y que luego permanezca fiel al bolchevismo. Queda clara también la función del Proletkult en el proceso revolucionario.

En efecto: la revolución será internacional o no será; los países atrasados necesitan el auxilio de los más avanzados; la brecha entre una situación y otra debe cubrirse con un poderoso impulso destinado a la transformación de la conciencia y liberarla de las taras propias de la hegemonía cultural burguesa (y de la sociedad de clases en general). La cultura proletaria como instrumento de construcción del socialismo deviene una necesidad fundamental. El confinamiento de la revolución a los límites de un país atrasado, aislado del resto y que carga con el peso de la barbarie cultural, no pueden dar como resultado otra cosa que una nueva barbarie. No obstante, hay que intentarlo. Bogdánov está, entonces, en el centro del pensamiento revolucionario ruso sobre los problemas de la revolución. El problema de la cultura proletaria y del Proletkult debe ser pensado en este marco, como su aporte particular al proceso revolucionario de Octubre.

Conclusión

En general, la reivindicación de un personaje como este asume la forma de rescate de la voz que clamaba en el desierto y que nadie quiso escuchar: “Si se le hubiera hecho caso...” Sin embargo, los grandes procesos sociales movilizan fuerzas enormes que resultan difíciles de torcer por una voluntad individual o por una perspectiva particular. Esto es cierto. Tanto como lo difícil que es pensar en la viabilidad de alternativas a una situación histórica que, como tal, no puede repetirse en un laboratorio. Un ejercicio contra-fáctico es una audacia que no siempre se justifica por sus resultados. Y, hasta cierto punto, para un historiador es un ejercicio inútil. Más productivo es pensar qué, de todo aquello, puede tener un valor hoy.

Más allá de detalles anecdóticos, o de los referidos a la historia personal, hay por lo menos cuatro elementos que se vinculan con su vida y su obra que ameritan no un “rescate” sino una actualización. El primero, su pregunta por el marxismo. El segundo, la relectura de la Revolución Rusa. La cultura en/de/por la revolución es el tercero. El cuarto, el valor de la utopía.

Después de más de un siglo y medio de vida, el marxismo sigue vivo. Sin embargo, qué es el marxismo, si es que es “algo”, es una pregunta que sigue pendiente. Bogdánov corporizó una apuesta que va más allá de las dos tradicionales a su recurrente “crisis”: más que el empecinamiento en lo que está como solución suficiente o la mixtura impropia con cuerpos “extraños”, la intención de superar el marxismo. Su apuesta a ir “más allá” debe ser sopesada adecuadamente, en particular por la peculiaridad que la anima, es decir, el partir de los descubrimientos más importantes de la ciencia. En algún sentido, el marxismo todavía tiene que asimilar la física cuántica. O lo que es lo mismo, superar su tendencia pronunciada a recaer en el economicismo, el sociologismo, la teleología y la metafísica abstracta inspirada en frases sueltas vaciadas de contenido (“las sociedades no se plantean problemas que no pueden resolver”, “la vida determina la conciencia”, etc.). Otra vez: no hay un lugar donde volver, una cornucopia de conocimientos pronta para verterse sobre nuestro presente si sabemos encontrarla, perdida en algún lugar mitológico (en Gramsci, en Luxemburgo, en Lenin, en Trotsky, en Marx, en el “joven” Marx, en los Grundrisse, o en algún manuscrito todavía inédito y supuestamente censurado por Engels o Kautsky). Superar el marxismo supone la libertad de abordar los problemas con la mente fresca y de cara a los problemas presentes. Lo haya resuelto bien o mal, sea o no el machismo una fuente válida para tal tarea, lo que cuenta es la *actitud* bogdanoviana ante la realidad.

La Revolución Rusa, en momentos de cumplirse sus primeros cien años, necesita ser revisitada. El militante revolucionario actual

suele leer ese episodio crucial de la historia del siglo XX de dos maneras solo aparentemente distintas: según la leyenda “blanca”, el momento definitivo de la experiencia humana, cuna de todos los logros, base del porvenir, fracasada solo en apariencia como producto de la fatalidad o una conjunción diversa de enemigos perversos; según su contraparte “negra”, expresión de la malignidad de todo delirante que intenta cambiar un mundo que no puede ser mejor de lo que es. Ambas lecturas son, sin embargo, idénticas, narran la misma historia solo que la valoran de modo inverso, procediendo a silenciar episodios inversamente simétricos. Si los críticos conservadores y reaccionarios enfatizarán la represión, la muerte y la censura, el control totalitario y la omnipresencia de un Estado vigilante, silenciarán la lucha real, los enfrentamientos salvajes, el papel y la responsabilidad de las “democracias” en esos resultados, los logros históricos en la evolución material de las masas, la ciencia, la educación, etc. Los defensores, mientras tanto, pondrán de relieve las dificultades, los obstáculos, la opresión imperialista, la guerra civil, procediendo a colocar en sordina la actividad real de los revolucionarios, que no excluye nada de lo que los voceros reaccionarios señalan. Hay variantes en la “defensa”: el estalinismo y el maoísmo, hasta cierto punto, el guevarismo, cierran los ojos y reafirman la fe sin mayores aditamentos ni salvaguardas. La revolución y su dirección, son buenos y sus críticos, malos. El trotskismo (no necesariamente Trotsky) reconoce parte de los “males”, solo que pretende, mediante un ridículo “yo no fui”, que no tuvo nada que ver con ello. Comete así dos atentados a la verdad histórica: fuerza los hechos, deforma la historia real para que su héroe no cargue con ninguna mácula, por un lado; imposibilita una mirada comprensiva de ese mismo héroe al que no se le hace ningún favor con esa maniobra. Los “leninistas” anti-estalinistas se encuentran en esta misma variante. Aceptar la revolución tal como es, con sus dos “lados” reales e inseparables, es la única forma de reconstruir la verdad histórica. Fuera de esa verdad, nada tiene valor. La figura

y la trayectoria de Bogdánov obligan a una revisión crítica de esa historia.

Tan o más importante resulta recuperar el principal aporte de Bogdánov a la tradición revolucionaria: el lugar de la cultura en la lucha. Con su asimilacionismo absurdo, ni Lenin ni Trotsky tienen mucho para aportar aquí. Los trotskistas, en general, se limitan a repetir las palabras del maestro, igual que maoístas, guevaristas, estalinistas, leninistas y marxistas en general. En el mejor de los casos, se trata de rescatar al burgués “más avanzado” (Tolstoi en su momento, por ejemplo). Lo más sustancioso de la propuesta bogdanoviana es la idea de *construir* una cultura *proletaria*. No se trata de la reivindicación folklórica al estilo thompsoniano, ni de la exaltación acrítica del subalternismo, ni de la “revolución de la vida privada”, contracultural, al modo hippie/autonomista. Se trata de una tarea activa, consciente, dirigida a crear los componentes de una conciencia de clase independiente de la burguesía más allá del plano inmediatamente intelectual, consciente, es decir, incluyendo el arte, la ciencia, las costumbres y, por supuesto y sobre todo, los sentimientos. La tarea del Proletkult está, entonces, todavía esperando, inconclusa.

La última cuestión, que tiene una vinculación directa con este libro, es la de la necesidad de contar, explicitar, exponer, hacia dónde queremos ir. Los revolucionarios, sobre todo los de tradición marxista, solemos explicar muy bien la realidad capitalista y los límites a la vida humana en su marco, pero carecemos de la misma capacidad para señalar lo que queremos. El rechazo de Marx al socialismo utópico ha desembocado en la sorprendente idea de que podremos construir un mundo nuevo sin saber de qué se trata. Y, por sobre todas las cosas, que podremos entusiasmar a las masas con un futuro que no somos capaces de describir siquiera someramente. Así, pareciera que aspiramos a triunfar con el único combustible procedente del rechazo al estado de cosas existente y nada más. El supuesto detrás de tan fantástica idea es que automáticamente,

el proletariado liberado sabrá dónde dirigirse, sin entender que la liberación consiste, precisamente, no en el acto negativo de la toma del poder político (la destrucción del Estado burgués), sino en el positivo proceso de construcción de ese nuevo orden. Queremos construir la más lujosa y espaciosa de las mansiones sin un plano. Y queremos convencer a sus futuros dueños de que solo tienen que confiar en nosotros. La diferencia entre hacer la revolución y construir el socialismo, tan clara para Bogdánov, no tiene cabida en la izquierda revolucionaria, que a fuerza de realismo, se ha olvidado del socialismo. La reconstrucción de ese sueño es parte esencial de la tarea que nos espera. Una errante *Estrella roja* marca un camino posible.

Para seguir...

Quien quiera seguir los temas desarrollados en esta introducción, tiene muchísimo material, pero muy poco en castellano. Casi todo está en inglés o ruso, y algo en francés y alemán. Aquí tiene una selección de textos no citados en el cuerpo de la introducción.

Sobre el “machismo”:

Cohen, Robert y Raymond Seeber (ed.): *Ernest Mach, Physicist and Philosopher*, Springer, Dordrecht, 1970.

Blackmore, John (ed.): *Ernest Mach - A Deeper Look*, Springer, Dordrecht, 1992.

Sobre la nueva física y su impacto en la cultura de la época:

Faye, Jan and Henry Fols: *Niels Bohr and Contemporary Philosophy*, Springer, Dordrecht, 1994.

Pais, Abraham: *Niels Bohr's Times*, Clarendon Press, Oxford, 1991.

Mattick, Paul: “Marxism and the New Physics”, asequible en *Marxist.org*.

Sobre cultura proletaria:

White, James: “Alexander Bogdanov's Conception of Proletarian Culture”, in *Revolutionary Russia*, vol. 26, nº 1, 2013.

Sobre ciencia ficción:

Bould, Mark and China Mieville (ed.): *Marxism and Science Fiction*, Wesleyan University Press, Connecticut, 2009.

Slusser, George and Eric Rabkin: *Aliens. The Anthropology of Science Fiction*, Southern Illinois University Press, Illinois, 1997.

Jameson, Fredric: *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Akal, Madrid, 2015.

Sobre la tectología:

Soboleva, Maja: “The Culture as System, the System of Culture”, in *Alexander Bogdanov Library*, site of Historical Materialism.

Sobre los vuelos espaciales y la cultura:

Siddiqi, Asif: “Making Spaceflight Modern: A Cultural History of the World’s First Space Advocacy Group”, en *Alexander Bogdanov Library*, site de Historical Materialism.

Sobre la relación entre Bogdánov y otros líderes bolcheviques, además de lo citado en la introducción, puede repasarse nuestro prólogo ya citado a *Literatura y revolución*, y de paso, lo que dice el propio Trotsky sobre el asunto. Agregamos aquí el discurso de Bujarin en el entierro del autor de *Estrella roja*, que viene acompañado con una introducción de Eugeni Pavlov sobre las relaciones entre ambos:

Bukharin, Nikolai: “In Memory of A. A. Bogdanov”, in Marxist.org.

Si quiere leer más, no desespere y aguarde a la edición de *Ingeniero Menni*, en cuya introducción le proporcionaremos más material. Mientras tanto, léase *Aelita*, de Alexis Tolstoi (o vea la versión cinematográfica de Protazánov) y *Una princesa de Marte*, de Edgar Rice Burroughs (o mírese las dos últimas versiones para la “pantalla grande”).

Apéndice

Obras de Bogdánov en castellano, inglés y francés

La obra de Bogdánov es muy poco conocida en general. Para el estudioso que no domina el ruso, es muy difícil trabajar sobre un autor cuyas obras fundamentales permanecen en ese idioma. Esta es una reseña limitada de lo que puede encontrarse a mano, aunque no se crea que hay mucho más. En el mundo de habla castellana, muy poca cosa, que se reduce casi a la novela que el lector tiene entre manos. Existe una edición en español anterior a esta, cuya diferencia con la nuestra se explica en la nota introductoria del traductor. No obstante, el que quiera cotejar ambas versiones puede leer:

Bogdánov, Aleksandr: *Estrella roja*, Nevsky Prospects, Madrid, 2010, traducción de James y Mariam Womack, con prólogo de Edmund Griffiths y postfacio de Mariam Womack.

Si espera unos meses, podrá leer la secuela, *Ingeniero Menni*, publicada por nosotros en esta misma colección y con la traducción de Alejandro González. Fuera de esto, en castellano, queda el único texto de Bogdánov reivindicado por Lenin:

Curso popular de economía política, Editorial Marxista, Barcelona, 1937.

En inglés el panorama es un poco mejor. Obviamente, *Red Star* e *Engineer Menni* fueron traducidos y editados junto con el poema autobiográfico *A Martian Stranded in Earth*:

Bogdanov, Alexander: *Red Star. The First Bolshevik Utopia*, Indiana University Press, Indiana, 1984.

También se encontrarán textos sueltos en sitios como Marxist.org:

“Religion, Art and Marxism”

“Proletarian Poetry”

“The Worker’s Artistic Inheritance”

“Socially Organised Society: Socialist Society”

En Monoskop.org se encontrará una entrada sobre Bogdánov que detalla buena parte de la producción existente en varios idiomas. Por ejemplo, la traducción al inglés de su Curso de economía:

A Short Course of Economic Science

Muy importante para los estudiosos de teoría de los sistemas es

Essays in Tektology, Intersystems Publications, California, 1980, traducido por George Gorelik

y

Tektology, Book 1, editado por Peter Dudley, Center for Systems Study Press, London, 1995.

En Wikisource podrá acceder a

“Science and the Working Class”

“Immortality Day”

Este último, un relato fantástico de 1912. El intento más ambicioso de traducir y editar a Bogdánov en inglés (y en cualquier lengua no rusa) es la *Alexander Bogdánov Library*, para la serie de Historical Materialism en la editorial Brill. Se trata de diez volúmenes que abarcan la obra casi completa de nuestro autor, editados por los principales especialistas sobre Bogdánov de habla inglesa. Hasta ahora solo se encuentra disponible el volumen 8:

Philosophy of Living Experience

Traducido al francés, tiene el lector

La science, l'art et la classe ouvrière, Maspero, Paris.

Una bibliografía muy extensa y comentada de toda la obra de Bogdánov es la de

Yassour, Avrahams: "Bogdanov et son oeuvre", en *Persee, Cahiers du monde russe et soviétique*, vol. 10, n°3-4, Julio-Diciembre 1969. pp. 546-584.

Otra:

Biggart, John, Georgii Glovelli, Avraham Yassour: *Bogdanov and His Work: A Guide to the Published and Unpublished Works of Alexander A. Bogdanov (Malinovsky) 1873-1928*, Aldershot, England and Brookfield, Vermont, 1998.

Se puede buscar mucho en el Instituto Internacional Aleksander Bogdánov, pero la mayoría en ruso.

Nota del traductor

Estrella roja se publicó por primera vez en 1908, en la editorial *Továrishestvo judózhbestvennoi pechati* de la ciudad de San Petersburgo.

Fue reeditada en 1918, 1922, 1924, 1925 y 1929 como libro independiente. Entre 1929 y 1979 no se publicó, y desde 1979 apareció en numerosas antologías de ciencia ficción. En 2009 volvió a salir en forma individual.

Hasta la fecha, sin embargo, la edición más confiable sigue siendo la primera, lo que no diferencia a esta obra de tantísimas otras en Rusia y la Unión Soviética. Nos consta que en la edición de 1929 ya se introdujeron cortes, cortes que se mantuvieron y ampliaron a partir de 1979. Huelga decir que ni el autor ni la obra gozaban de la simpatía de las autoridades del Partido Comunista.

Nuestra traducción sigue la edición de 1908 e indica, en notas al pie, los pasajes que fueron censurados en las ediciones posteriores. Creemos que la restitución de dichos cortes sirve como documento y puede resultar de interés para el lector.

